SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO III Nº 147
27 • 08 • 2000

RADAR libros



Campo de batalla

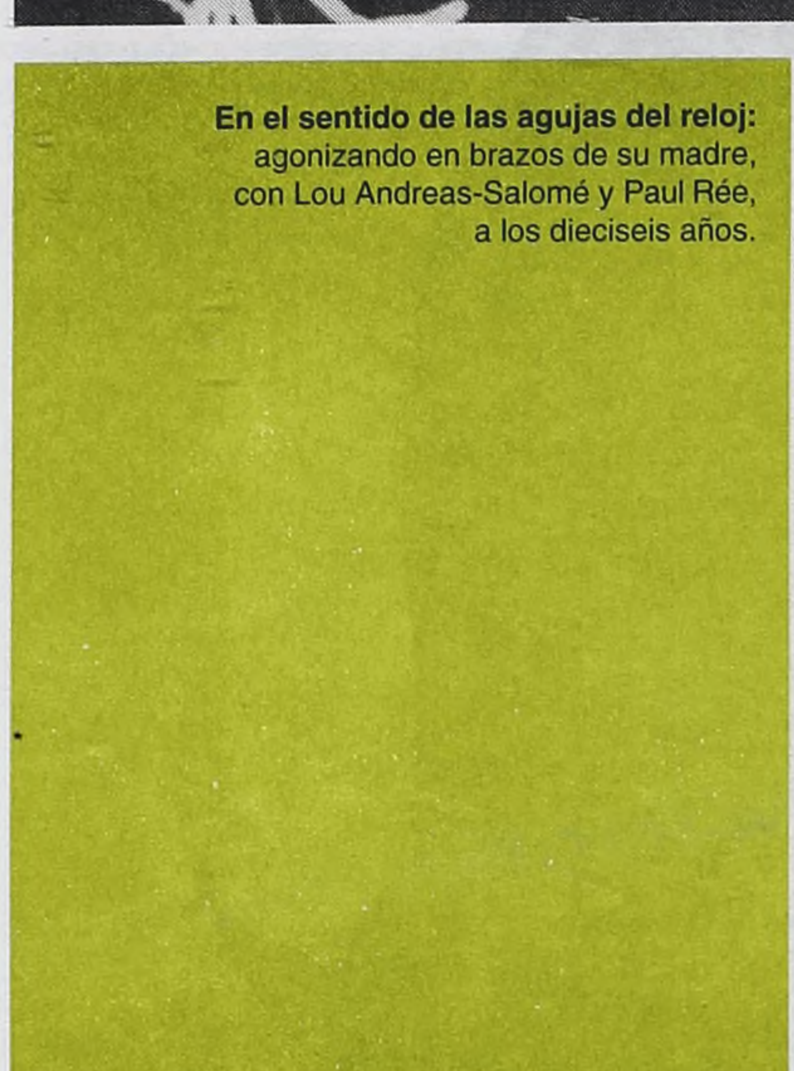
El pasado 25 de agosto de 2000 se cumplieron cien años de la muerte de Friedrich Nietzsche, probablemente uno de los filósofos que mayor influencia haya ejercido en el pensamiento del siglo XX. Objeto de todas las interpretaciones (morales, políticas, teóricas), lo que puede leerse en esos tironeos es, antes que una cierta voluntad de verdad, una voluntad de poder que pretende capturar el pensamiento, siempre móvil, del "último filósofo".

POR EDUARDO GRÜNER En la última escena de *Más allá del Bien y del Mal* –no la obra de Nietzsche sino aquel bodrio filmado por la inefable Liliana Cavani, donde Nietzsche, Rilke y Paul Rée (y no sabemos cómo se salvó Freud) aparecen como tres idiotas que no entienden nada de la vida hasta que viene Lou Andreas-Salomé (la cortadora de cabezas) a explicarles todo–, Lou, la monumental histérica (actuada por Dominique Sanda), se despide de un Nietzsche ya psicotizado (ignoramos si por culpa de sus ideas, de la sífilis o de la propia Salomé), al atardecer del 31 de diciembre de 1899, diciéndole: "No te preocupes, Fritz (!!!): empieza nuestro siglo". A continuación se monta al landeau (o quizá fuera un tilbury, o un simple mateo), donde la espera un Rilke ansioso y baboseante, aparentemente mucho más preocupado por meterle mano a la diva de las letras austrohúngaras que por escribir las *Elegías de Duino*. Y aquí hay que decir que la susodicha dama se equivocó sólo en parte: el siglo XX terminó siendo mucho más el siglo de Nietzsche –o el de Freud, o incluso el de Rilke– que el de ella, que tuvo que sufrir ese destino peor que la muerte para una feminista: el de ser recordada principalmente por los hombres que la rodearon. Destino cruelmente injusto, sin duda, pero a la vez (si es cierto que era como la pinta la Cavani) plenamente merecido.

POR QUÉ (NO) SOMOS NIETZSCHEANOS Ironías aparte, que el siglo XX haya sido el de Nietzsche no deja de constituir una cierta paradoja. Como dice Malcolm Bull en un artículo reciente ("Where is the Anti-Nietzsche", *New Left Review*, 3, Mayo/Junio 2000), el filósofo que se opuso a todos los demás de manera radical, virulenta y a veces francamente violenta, no encontró prácticamente ninguna oposición en "su" siglo –siglo que él mismo no pudo soportar: se murió a los pocos meses de la profecía salomeana–. Tan así es que hace algunos años Luc Ferry y Alain Renant se sintieron obligados a compilar un libro explicando, ya desde el título, "por qué no somos nietzscheanos" (*Pourquoi nous ne sommes pas nietzschéens*, 1991). Semejante unanimidad, hay que decirlo, es harto sospechosa. Sobre todo tratándose de alguien de quien pudo decirse que, más que un hombre, era un campo de batalla. Uno se imaginaría que tendría que haber habido grandes batallas en ese campo, como las hubo sobre Marx o sobre Freud (para ir completando una trilogía canónica sobre la que habrá que volver). Pero no. Al menos no hasta recientemente, como veremos. Ni siquiera su –interesada, fetichizada y falsificada, desde ya– adopción por los nazis merced a los buenos oficios de su encantadora hermanita despertó inquina, sino más bien curiosidad aumentada –salvo, también desde ya, en Alemania–. ¿Se trata de un gigantesco malentendido? En cierto modo, sí: cuando Ferry y Renant dicen que "debemos dejar de interpretar a Nietzsche y empezar a tomarlo al pie de la letra", lo menos que se puede decir es que "malentienden"; ¿o acaso no nos enseñó Nietzsche que se debe sospechar de toda "letra" naturalizada? ¿Que "no hay hechos, sólo hay interpretaciones"? ¿Por qué, entonces, no habría de caberle a él el sayo que él cortó para el mundo en general? Por supuesto que, tomado "a la letra", el hombre dijo, aquí y allá, algunas cosas más bien antipáticas: habló mal de las mujeres, de la democracia, del humanismo, del socialismo. Todas cosas muy "políticamente incorrectas".

Sólo que él, en pleno siglo XIX, todavía no podía saberlo (es otra paradoja, o mejor dicho, una falacia de atribución retroactiva: a decir verdad, en la época de Nietzsche hablar mal de esas cosas no estaba tan mal visto; no fueron precisamente ésas sus principales "transgresiones" al sentido común y el pensamiento hegemónico). Y hete aquí, sin embargo, que feministas, demócratas "radicales", ultraizquierdistas y rebeldes antisistémicos de todo pelaje (pero ningún neonazi, vale la pena recordarlo) pudieron "interpretarlo" como su héroe; ¿son todos idiotas, todos malentendieron, nadie supo leerlo "a la letra"?





En el sentido de las agujas del reloj: agonizando en brazos de su madre, con Lou Andreas-Salomé y Paul Rée, a los dieciseis años.





MAESTRO DE LA SOSPECHA Parece difícil, sobre todo si uno piensa en algunos nombres con los que se puede estar más o menos de acuerdo, pero a los que sería un exceso atribuirles estupidez, o siquiera ingenuidad: Michel Foucault, Louis Althusser, Paul Ricoeur, Roland Barthes, Pierre Klossowski o Maurice Blanchot lo colocaron, nuevamente, junto a Marx y Freud como los tres grandes "maestros de la sospecha" o "fundadores de un nuevo horizonte discursivo" de la modernidad. Para Deleuze o Derrida es el padre del más radical "deconstructivismo", de la más profunda denuncia de las ilusiones de la filosofía occidental. Theodor Adorno lo pone al lado de Sade como el crítico más "sombrío" de la sociedad burguesa. Heidegger puede decir que es el último metafísico, pero justamente porque es el que más se acercó (antes de él, se entiende: Heidegger siempre tiene una envidiable disposición a pensar lo mejor de sí mismo) a hacer estallar la metafísica. Sartre, ni qué decir, le debe mucho más de lo que confiesa. Toda la nueva escuela de filosofía italiana (de Vattimo a Cacciari, de Rella a Vitiello) no existiría sin él. Y casi otro tanto podría predicarse de todo el pensamiento *post* (moderno/estructuralista/marxista), así como de lo mejor de los Estudios Culturales o la Teoría Postcolonial, aunque con sintomáticas resistencias a reconocerlo.

Lo dicho: idiotas, todos ellos, no pueden ser. Y sin embargo, hay que repetir: tanta unanimidad es sospechosa. Muchos de los nombres y "escuelas" citados más arriba son no sólo muy diferentes sino, con frecuencia, irreconciliables. Hay que concluir que, pese a la recomendación de Ferry y Renant, están dispuestas a montar un verdadero carnaval interpretativo, una desaforada orgía hermenéutica, alrededor de ese padre terrible. Pero queda el problema: ¿por qué todos lo reclaman como fuente inagotable de libérrimas asociaciones? ¿Será una muestra más de la tendencia de la filosofía occidental a unificar adhesiones y oposiciones bajo un nombre emblemático (como ha sostenido recientemente Jean-Joseph Goux, parece que eso empezó con Edipo, que vendría a ser el liquidador, entre otras cosas, del "politeísmo" en el campo del pensamiento: claro que ello, una vez más, sería flagrantemente contradictorio con la "letra" nietzscheana)? Si así fuera, el "emblema" Nietzsche, con su "perspectivismo" y su pasión "deconstructiva" –interesada y falazmente reinterpretados como relativismo: también habrá que volver sobre el tema–, sería algo así como el antídoto contra el "racionalismo instrumental" cartesiano, que desde diferentes perspectivas ideológicas alemanas (la de Weber, la de Simmel, la de Heidegger, la de Adorno) o francesas (la de Foucault, la de Deleuze y Guattari) es sindicado como el origen del Mal Absoluto de Occidente, de su "voluntad de poder" ejercido a través del dominio de la técnica, etcétera.

Todos esos cráneos son, no obstante, lo suficientemente lúcidos como para saber que, enunciado así, se trata de un esquematismo puramente estratégico: en cuanto uno se pone más sutil, tiene que aclarar que ni Nietzsche es un férreo bloque de cemento antirracionalista (¿qué pensar, en el extremo, de su etapa decididamente "positivista"?) ni el cogitante Descartes de *El Discurso del Método* puede entenderse sin el de *Las pasiones del alma*, y así. Eso, para no mencionar que el siglo XVII francés no es el siglo XIX alemán y otras minucias historicistas por el estilo. Y sin embargo, el esquematismo estratégico persiste por encima de las complejidades de las que todo el mundo está perfectamente avisado. Lo dicho: son perspectivas harto diversas; pero, como hubiera dicho un ya fallecido ex presidente argentino: "Nietzscheanos somos todos".

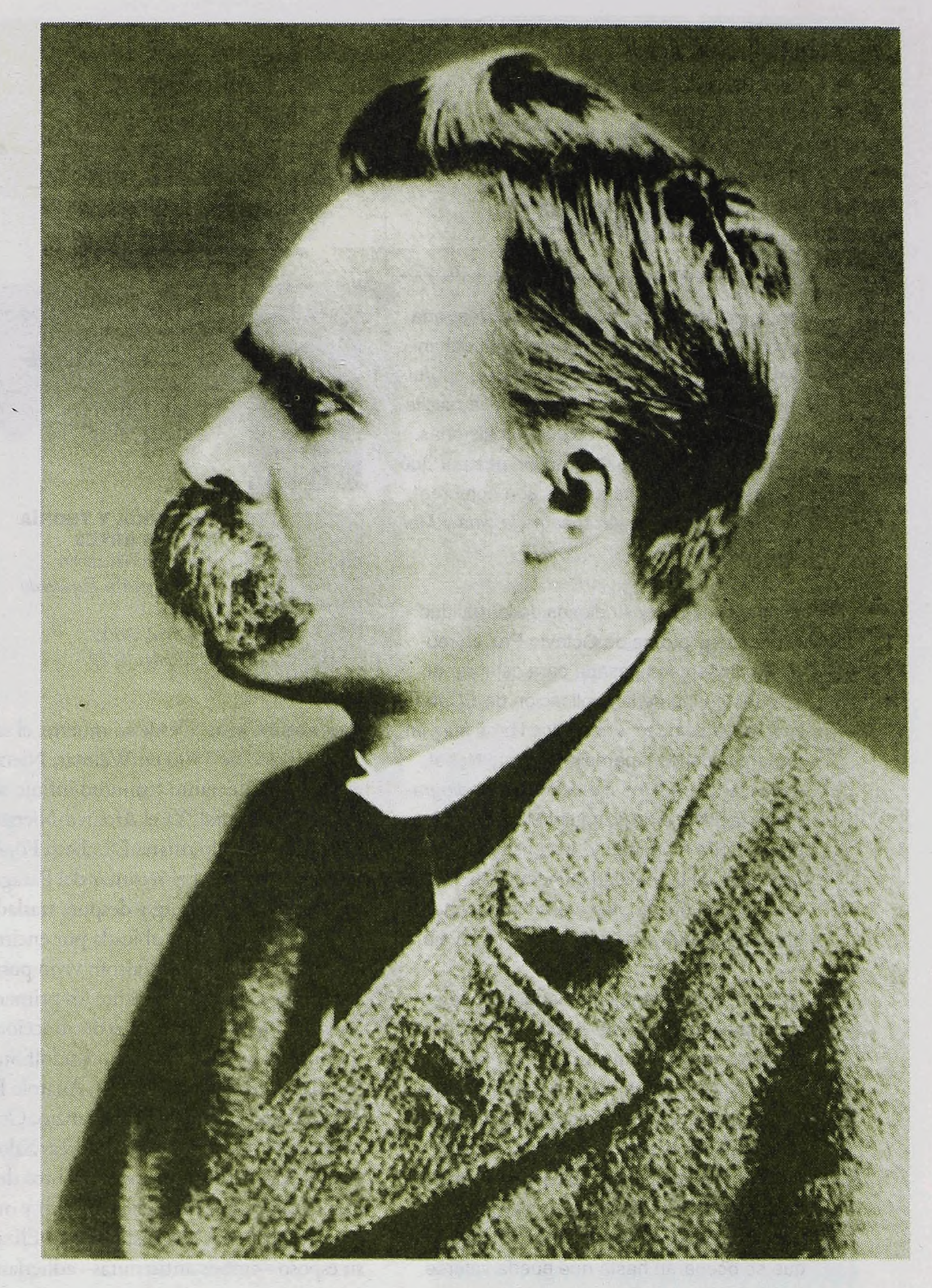
Algo más tiene que haber; algo que, unificando estratégicamente voluntades tan polifónicas, explique por qué Nietzsche sería merecedor de una unanimidad que no se le ha otorgado ni por las tapas (pese a las apariencias) a Freud, ni muchísimo menos a Marx. ¿Deberíamos buscar por el lado de que casi todos esos reivindicadores (las excepciones obvias son Adorno o Althusser, justamente los menos entusiastas) pueden más o menos agruparse bajo alguna etiqueta de las llamadas *post*? La más audaz entre las pocas voces disonantes de los últimos años, un tal Geoff Waite (en *Nietzsche's Corps/e*, 1996) arroja al ruedo un toro furioso: "Ni conservador, ni proto-fascista, ni proto-nazi, Friedrich Nietzsche es de hecho el programador revolucionario de la tardía cultura y tecnocultura seudoizquierdista y en verdad liberal-fascistoide (...). Si una sola persona o cosa pudiera ser responsable de la muerte del comunismo como hecho imaginado o como concepto ubicuo, ése sería el concepto Nietzsche, el hombre Nietzsche (...). Consideremos la posibilidad de que el éxito –relativo– de Nietzsche y el fracaso –aparente– del comunismo fueran acontecimientos globales íntimamente vinculados (...). En términos acuñados en otro contexto por Fredric Jameson, el nietzscheísmo puede servir para acceder a la estética geopolítica de la era actual de las redes corporativas multinacionales y globales". Se trata, desde luego, de otro superesquematismo estratégico, rayano en el dislate paranoico. Pero, pero...

EL CONFLICTO DE LAS INTERPRETACIONES Hay algo que no se puede negar: después de las respectivas ocurrencias de Althusser, Ricoeur y Foucault, el pensamiento *post* ha puesto un empeño inusitado, aparentemente desmedido, en separar a Nietzsche de sus compañeros Marx y Freud, en quebrar esa "síntesis de múltiples determinaciones" conformada por esos tres nombres. Más allá de las exageraciones de Waite, es difícil no entrever en ese gesto la multisecular táctica del dividir para reinar. La operación aparece plena de sutilezas intelectuales, pero el silogismo de su objetivo es en el fondo bien simple: puesto que es muy verosímil –como enseguida procuraremos mostrar– asociar esos nombres como los tres más radicales y profundos críticos de la Modernidad desde adentro de la propia Modernidad (primera premisa), y como Marx y Freud, cada uno en su terreno, son indudablemente hijos de una Ilustración (auto)crítica que se propone llevar hasta las últimas consecuencias la posterior consigna frankfurteriana de "ilustrar la Ilustración" (segunda premisa), hay que intentar romper la cadena por el eslabón (aparentemente) más débil, o más ambivalente, frente a la Modernidad: hay que hacer de Nietzsche el "tercero excluido", ponerlo directamente fuera de la Modernidad, devenirlo –para hablar rápido– "posmoderno" (concluyente conclusión). *Voilà*.

Operación considerablemente exitosa, hay que decirlo: (nos) obliga, a los que todavía imaginan una potencia auténticamente revolucionaria pasible de ser extraída del discurso nietzscheano, a un combate en tres frentes: por un lado, hay que desautorizar críticamente el jergoso arsenal *post*, y mostrar que –como lo hubiera querido el propio Nietzsche– su reinterpretación, como todas, es una construcción política, un instrumento de una cierta "voluntad de poder" (y no precisamente la que el propio Nietzsche reivindicaría): no se trata de oponerle ningún objetivismo ni ninguna "letra" textual (ahí se equivocan Ferry y Renant), sino de analizar pasional pero rigurosamente a cuál política responde. Por otro lado, hay que reubicar los problemas verdaderos (no hay ninguna ideología que no se apoye en ciertas verdades, so pena de ser absolutamente ineficaz) que adelantan los pensadores *post*, sin por ello dejar de decir –aunque no tengamos aquí el espacio suficiente para elaborarlo– que la gran mayoría de esas cuestiones están ya en los tres "padres fundadores" a condición de que se las sepa leer retroactivamente, sólo que en ellos tienen una dimensión filosófico-política de la que los *post* quisieran desembarazarse a cualquier precio. Finalmente, el tercer combate –si bien éste se libra, por así decirlo, dentro de la propia trinchera– es contra los que confunden no la "letra" nietzscheana sino el hecho de que los *post* han adoptado una cierta interpretación de Nietzsche, con toda posible interpretación, haciendo entonces de Nietzsche un *post* adelantado, y por lo tanto eliminando

Después de las intervenciones

de Althusser, Ricoeur y Foucault, el pensamiento *post* ha puesto un empeño inusitado, y desmedido en apariencia, por separar a Nietzsche de sus compañeros Marx y Freud, en quebrar esa "síntesis de múltiples determinaciones" conformada por esos tres nombres.



su dimensión de hombre-campo-de-batalla (y ahí se equivoca Waite).

A decir verdad, el combate esencial es el primero: ganada esa batalla, los otros dos frentes caen por su propio peso. Si Nietzsche, Marx y Freud pudieron razonablemente ser puestos en contigüidad, no es desde luego por los "contenidos" de sus obras, sino por la lógica de su pensamiento: ellos son "maestros de la sospecha" –para retornar a la canónica definición de Ricoeur– porque los tres descubrieron, en tres registros en principio inconmensurables entre sí, procesos no inmediatamente visibles de construcción de la Historia: la voluntad de poder, la lucha de clases, las operaciones del Inconsciente.

LA HISTORIA, MADRE DE LA VERDAD

Y descubrieron que la Historia (de las concepciones morales, de los modos de producción, del sujeto razonante) es permanentemente reinterpretada de tal modo que escamotea aquel proceso de construcción. Es decir: es reinterpretada de manera "fetichista", sustituyendo la parte al todo y el efecto a la causa. En los tres se trata de "interpretar la interpretación" (como bien lo advierte Foucault: Marx no interpreta a la sociedad burguesa, sino la interpretación burguesa de la sociedad; Freud no interpreta el sueño del paciente, sino el relato –que ya es una autointerpretación– que el paciente hace de su sueño; Nietzsche no interpreta la moral occidental, sino la interpretación que la voluntad de poder occidental hace de las concepciones morales). Es decir: en los tres se trata de rehistorizar el "fetiche", de reinscribirlo en el proceso totalizador del cual es el producto, de hacer la "crítica ideológica" de aquel escamoteo. En los tres –aunque sólo en Marx de modo completamente explícito e inequívoco– se trata, pues, de mostrar el rostro oculto, la "otra escena" de la Modernidad (de lo que Marx, poco afecto a los eufemismos, llama sociedad capitalista), ya sea en el registro de las concepciones ingenuas o interesadas del propio pensamiento filosófico, de las estructuras económicas y sociales, de una idea del sujeto como identidad transparente ante sí misma. No estamos ante tres enemigos o renegados de la Modernidad (aunque el caso de Nietzsche sea más problemático), sino ante tres críticos implacables de ella, que pretenden re-totalizarla para ofrecer el cuadro completo, por más desgradable y conflictivo que sea. Para recordar una célebre expresión de Walter Benjamin: ante tres hombres de coraje que no están dispuestos a perdonarle a la Modernidad la cuota de barbarie sobre la cual ha construido su civilización.

Pero hay algo más, y quizá lo más importante. Cuando se habla de "interpretar la interpretación", de ninguna manera hay que entender esta estrategia –así lo hicieron los despolitizados (o, mejor dicho: despolitizadores, ya que ciertamente ellos tienen su política) pensadores *post*– como no se sabe qué "textualismo" que se sustrae al conflicto de esas interpretaciones con la materialidad de lo real. Justamente, si una novedad radical introduce esta actitud hermenéutica nueva es la de que después de ella es impensable una "interpretación", un modo de conocimiento que no se apoye en la transformación material de lo real (lo real de la historia, del pensamiento, del sujeto): nada hay allí que autorice una infinita y relativista ("nihilista", la llamaría Nietzsche) deconstrucción o dispersión interminable que no terminara en algún momento (en el momento de apertura de una nueva "era revolucionaria", diría Marx) chocando con el límite absoluto, levantado por lo real, a las ilusiones de una "totalidad" hecha de una vez para siempre (con el límite de la "roca viva de la castración", diría Freud). Es decir: nada hay allí que autorice el imaginario de un "fin de la Historia", del achatamiento de la dimensión temporal en el puro presente espacial de un Texto devenido superficie eterna que llama a la resignación.

¿MOMENTO DE CONCLUIR? Sin embargo, lo que de ninguna manera podría hacerse con Marx o con Freud ha podido, hasta cierto punto y a condición de que uno se lo tome un poco a la ligera, hacerse con Nietzsche. ¿Por qué? Tal vez, aunque parezca paradójico, porque sus ambiciones eran en cierto sentido mayores: porque no se proponía tan sólo (¡tan sólo!) transformar la Historia o el Sujeto, sino encontrar los fundamentos de una transformación radical del pensamiento (y el sentimiento) humanos –"demasiado humanos", decía– como tales.

El precio que tuvo que pagar por esa ambición fue, posiblemente, el de una cierta falta de concentración: la psicología de Nietzsche –si es que hay tal cosa– no es tan "profunda" como el psicoanálisis de Freud (la de Nietzsche, podríamos decir, es una "psicología", mientras que el psicoanálisis es otra cosa); y su teoría de la historia –si es que hay tal cosa, de nuevo– es mucho menos dirigida y rigurosa que la de Marx: Nietzsche no hace una crítica literal del capitalismo. Para ser más precisos: no hay en Nietzsche una política (para la sociedad o para el sujeto) claramente identificable. Pero eso no es precisamente porque Nietzsche sea a-político, ni porque haya abogado por una "estetización" del pensamiento y de la vida (que es el malentendido en el que han procurado hacer pie los posmodernos, bajando la cerviz ante una sociedad que ahora escamotea su propio proceso de producción tras los velos de una estetización generalizada del mundo como espacio virtual: una típica "moral de esclavos", diría otra vez Nietzsche). Todo lo contrario: es porque Nietzsche busca el fundamento de lo Político como tal, vale decir, el movimiento de fundación total que ha quedado oculto detrás de las racionalizaciones históricas que intentan persuadirnos de que el Poder tal como lo conocemos en la política actual es un dato eterno de la naturaleza (véase si no la *Genealogía de la Moral*) que incluye –aunque sea míticamente– el momento originario de un Arte que por lo tanto está muy lejos de poder pensarse por fuera de la lógica ritual de la Fiesta y el Sacrificio que implica ese "lo Político" fundacional (véase si no *El nacimiento de la tragedia*).

Es cierto: esa excesiva ambición –y, posiblemente, el carácter estrictamente insoportable de una búsqueda "inhumana" en el mejor sentido, que es la del equívoco Superhombre– permitió que fuera relativamente fácil la operación de aislar a Nietzsche (de, entonces, "fetichizarlo" también a él) de sus "compañeros de ruta", Marx y Freud.

Aislado en el vacío de una cultura como la nuestra, mediocremente despolitizada y deshistorizada –en el más amplio sentido del término: el de una pérdida de la interrogación por los fundamentos, interrogación que con toda la peor intención se identifica con alguna clase de "fundamentalismo"–, puede ser usado por cualquiera, de cualquier manera.

Sobre todo en Francia –pero también en la Argentina, siempre tan atenta a los reciclajes de la moda parisina– pudo ser usado para oponerlo sobre todo a Marx, aunque secundariamente también a Freud. Más que una reivindicación del propio Nietzsche, es una estrategia para sacarse de encima a sus socios incómodos. Pero, ¿quién dijo que Nietzsche sea *cómodo*? En verdad, ni siquiera haría falta reintegrarlo al trío: si tenemos que hacer eso, es porque como se ha visto "sospechamos" que su aislamiento es un tiro por elevación contra los otros dos. Pero bastaría reintegrarlo a sí mismo: es decir, hacernos cargo de que si hay una "letra" nietzscheana, es la que nos pide que usemos su nombre para darnos una política de interpretación de su "letra" que nos oriente en la reformulación de su pregunta. Allí se vería que nada tiene él que ver con apolíticas estetizaciones, con posmodernos pragmatismos ni con dispersiones culturológicas. Que quizás incluso nada tenga que ver con la "filosofía", al menos entendida como el "tema" de cátedras más o menos prestigiosas (también se ha hecho eso con Marx y Freud). Para que todo eso se vuelva imposible, vale la pena que paguemos también nosotros un precio muy alto: el de volver a transformarlo en un campo de batalla.♣



◈La escritora mexicana Angeles Mastretta declaró que siempre escribe acerca del universo femenino, no por algún tipo de oportunismo de mercado, sino porque se le facilita trabajar con mujeres y contar sus historias. "Nadie le pregunta a Carlos Fuentes por qué sus personajes protagónicos son hombres", ironizó la autora de *Arráncame la vida* y *Mal de amores*.

◈Intelectuales y estudiosos de la realidad mexicana y la obra de Octavio Paz se reunieron la semana pasada para celebrar el cincuentenario de la publicación de *El laberinto de la soledad*, uno de los libros más importantes del desaparecido Premio Nobel, equivalente para los mexicanos a *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada, ese otro monumento del ensayo de interpretación de la realidad latinoamericana. Los (merecidos) homenajes fueron inaugurados por el sociólogo y crítico Carlos Monsiváis.

◈El escritor chileno Luis Sepúlveda se estrenará el próximo 5 de octubre en las pantallas alemanas con una adaptación de su libro *Cómo el gato Zorba enseñó a volar a la pequeña gaviota*. La película de dibujos animados narra las aventuras del gato Zorba y otros animalitos de los muelles de Hamburgo mientras intentan enseñar a volar a una pequeña gaviota a la que salvan la vida y de la que se ocuparán hasta que pueda valerse por sí misma. La voz de la pequeña gaviota es la de la mítica cantante Nina Hagen.

◈Con el título de *Marinero en Tierra: Tributo a Neruda* fue lanzado al mercado un nuevo disco compacto con interpretaciones pop de célebres trabajos poéticos del poeta chileno. En el nuevo CD aparecen poemas como "Farewell", interpretado por Sergio Brito; "Poema XV", en la voz de Alejandro Sanz, y "El tigre", por Miguel Bosé, entre otros artistas y grupos como Los Fabulosos Cadillacs, Milton Nascimento y Andrés Calamaro. En la grabación dedicada al Premio Nobel trasandino también se pueden escuchar las voces del propio Neruda y de la mujer que fue el gran amor de su vida, Matilde Urrutia.

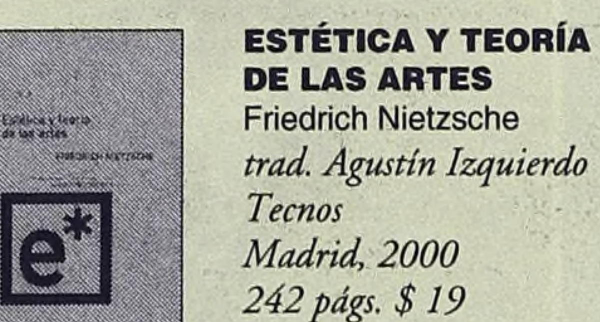
◈El escritor colombiano Oscar Collazos (1942) acaba de lanzar *La modelo asesinada*, una novela policial donde narra los episodios del bajo mundo del crimen, el soborno y la corrupción política. El autor ha dirigido el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas en La Habana, y es actualmente columnista del diario *El Tiempo*.

◈Fue convocada la XII edición del Premio Rómulo Gallegos, dotado con 60.000 dólares. El premio fue creado en 1964 con el propósito de honrar y perpetuar la obra del novelista venezolano y para estimular la actividad creadora de los escritores de habla castellana. De acuerdo con las bases, se admitirán novelas escritas en idioma castellano y publicadas en primera edición entre el 1 de enero de 1999 y el 31 de diciembre de 2000. El plazo de admisión de las obras finaliza el 1 de febrero de 2001. El jurado estará integrado por el nicaragüense Sergio Ramírez, el chileno Roberto Bolaño y el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá. Han obtenido el Rómulo Gallegos, hasta la fecha: Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Abel Posse, Manuel Mejía Vallejo, Arturo Uslar Pietri, Mempo Giardinelli, Javier Marías, Angeles Mastretta y Roberto Bolaño.

Filosofía



EL LIBRO DEL FILÓSOFO
Friedrich Nietzsche
trad. Fernando Savater
Taurus
Madrid, 2000
190 págs. $ 14



ESTÉTICA Y TEORÍA DE LAS ARTES
Friedrich Nietzsche
trad. Agustín Izquierdo
Tecnos
Madrid, 2000
242 págs. $ 19

POR RUBÉN RÍOS Desde su muerte, el sábado 25 de agosto de 1900 en Weimar, Nietzsche ejerce un inquietante y sinuoso influjo sobre la cultura occidental. Ya el Archivo-Nietzsche, fundado por su hermana Elizabeth Förster-Nietzsche en 1894 al retornar del Paraguay, primero en Naumburg y después trasladado a la "Villa Silberblick" (ubicada por encima de Weimar), en la cual el filósofo vivió postrado sus últimos años, fue durante los primeros años del siglo XX un centro de atracción para un público tan variado como Rudolf Steiner (fundador de la antroposofía), Anatole France, André Gide, Gabrielle D'Annunzio, Gustav Mahler, H. G. Wells, Lou-Andreas Salomé, Rainer María Rilke, varios miembros de la Sociedad de Viena (entre ellos, Freud) y otros del Partido Nacional Socialista, al cual Elizabeth y su esposo –ambos antisemitas– adherían fervorosamente.

Sin embargo, hasta la interpretación fascista, Nietzsche era más bien leído por grupos socialistas, anarquistas y feministas. Todavía en la década del 30 (cuando Martínez Estrada, en *Radiografía de la Pampa*, no se cansa de citarlo), Karl Jaspers y Georges Bataille presentan resistencia a esa hegemonía, al igual que las lecturas marginales de Henry Miller y los cursos dictados por Heidegger en plena guerra, que se oponen a la versión oficial nazi –diferente, también, de la de Jünger–. En realidad, a través de Bataille y el Colegio de Sociología (Caillois, Leiris), el pensamiento nietzscheano convoca a figuras como Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamin, Maurice Blanchot, Pierre Klossowski, Merleau Ponty, Camus y otros (Sartre, por ejemplo). A partir de la posguerra se conforma ese linaje heterodoxo de nietzscheanos de izquierda, donde habría que incluir también a Michel Foucault, Gilles Deleuze y cierto Derrida.

Por eso, lo que hace interesantes a *El libro del filósofo* y *Estética y teoría de las artes*, recientemente publicados en español, es que se trata de recopilaciones de los fragmentos póstumos de Nietzsche salvados de las falsificaciones de la hermana, aun sin traducir en su totalidad. El primero, editado por primera vez en 1972 y desde hace mucho agotado, recoge una serie de textos póstumos traducidos de la edición Kröner, agrupados bajo el título de *Estudios teoréticos* que, junto con *La filosofía en la época trágica de los griegos*, debía componer una obra llamada *El libro del filósofo*. El segundo presenta también una serie de escritos póstumos vinculados por la unidad temática de la estética y el arte, pero traducidos de la célebre edición de las *Obras completas* de Nietzsche establecida en 1988 por Colli y Montinari. En cualquier caso, quizá por algo más que azar, estos fragmentos póstumos de épocas diversas (de 1872 a 1888) asedian una y otra vez una de las categorías nietzscheanas más difundidas y quizá menos comprendidas: la del filósofo-artista. Categoría que, en estas reflexiones relampagueantes de Nietzsche, aparece en tensión con otras figuras acerca del filósofo, como su contracara o complemento. El filósofo como médico de la cultura y el último filósofo son esas imágenes que Nietzsche tiene de sí mismo y de su tarea, formulada en términos de "platonismo invertido", que declaran a su vez la percepción del estado de salud de la cultura y el remedio para esa enfermedad que corroe Occidente desde hace más de dos mil años.

El último filósofo o el médico de la cultura no son otro que el filósofo-artista que ha dejado tras de sí –como el más grande error– aquello que define la experiencia occidental desde Sócrates: el conocimiento.

Este es el principio –moral, en suma– que el joven Nietzsche, sobre todo, ataca a través del sujeto kantiano –como, más tarde, atacará a la moral cristiana ("platonismo para el pueblo", dirá) a través de la genealogía como método antidialéctico y antihegeliano. La puesta en crisis del conocimiento, y por implicación del sujeto del conocimiento "científico" se muestra en los fragmentos de 1872 a 1875 que componen *El libro del filósofo* como la operación crítica previa o necesaria para postular la creación artística como base de la condición humana y, por lo tanto, de toda cultura. De suerte que el conocimiento, para la razón estética nietzscheana, y el tipo de verdad metafísica que busca (como lo percibió Foucault) no es más que "invención" sobre un fondo caótico y quizá horroroso.

Tempranamente Nietzsche se comportó más como fisiólogo o como médico que como "filósofo". El cuerpo –los procesos orgánicos, fisiológicos, los sentidos, las afecciones, las pulsiones, el placer, el gusto, lo inconsciente, todo aquello sometido por las formas suprahistóricas de la metafísica– traza no sólo lo propiamente humano y enigmático, sino también el origen de la cultura en tanto construcción estética por parte justamente del entrecruzamiento de fuerzas, potencias, impo-

Maldito sexo



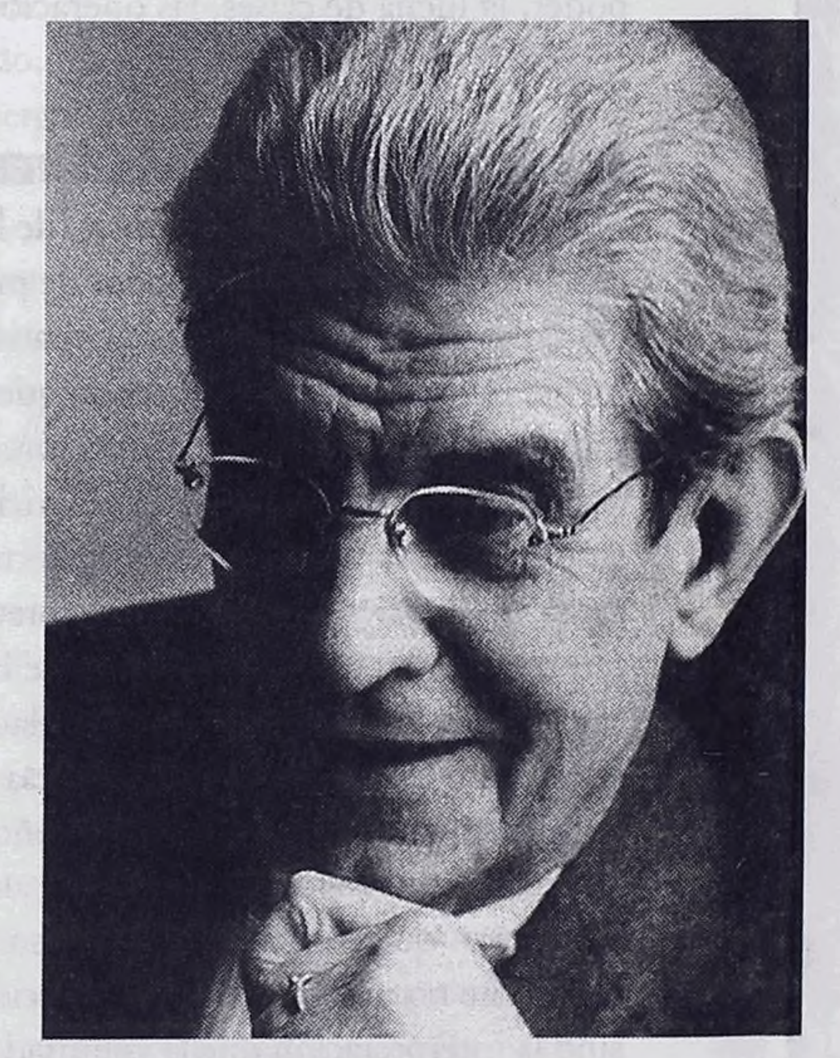
LA MALDICION SOBRE EL SEXO
Colette Soler
trad. de Horacio Pons
Manantial
Buenos Aires, 2000
242 págs. $ 15

POR JORGE PINEDO Cunde una teoría sexual infantil entre los lacanianos: a los psicoanalistas los traen de París. Causa de tamaño mito no es otro que el mismísimo Jaques Lacan, quien a través de un cuarto de siglo de seminarios formuló una ineludible lectura de Freud. De la voz y la pluma de Oscar Masotta a partir de los setenta esas enseñanzas llegaron a estas playas y, trascartón, oleadas de alumnos, seguidores y adláteres franceses. En el tumulto se confundieron, como es estadísticamente usual, personajes serios y rigurosos con algunos charlatanes. Entre los primeros, Colette Soler supo ejercer su lectura y aún transmitirla con sistemática transparencia. Sus *Estudios sobre las psicosis* y *Finales de análisis*, también editados por Manantial, se han convertido casi en clásicos.

En la senda de la transmisión también oral establecida por Lacan, Soler dicta su propio Seminario en la Universidad de París VIII, de donde llega *La maldición sobre el sexo*, más precisamente del curso dictado entre noviembre de 1996 y junio de 1997. Arribo acaso tardío, ya que de entonces a esta parte Soler quebró lanzas con la ortodoxia personalizada en el legatario-yerno de Lacan, Jaques-Alain Miller, y pasó a presidir la Internacional de los Foros del Campo Lacaniano. Circunstancia capaz de alterar más las referencias que los enfoques presentes en este texto ameno, coloquial, directo.

Oralidad que se convierte en un arma de doble filo pues, si bien por un lado cumple los requisitos de la transmisión eficaz, por el otro desata ese efecto patético que resulta del traslado del habla a la escritura cada vez que se descuida la labor de edición. Y esto tampoco se reduce al pulido de las muletillas coloquiales del tipo "¿No es cierto?", "Bueno..."; avanza sobre los "repasos" con los que una clase retoma la anterior, los paréntesis retóricos en los que se desenvuelvan temas subordinados y los saltos bruscos dentro de una temática heteróclita.

Dedicado a psicoanalistas con sólida base freudiana y alguna noción acerca de la enseñanza de Lacan, *La maldición sobre el sexo* no obstante promueve tesis si bien no tan novedosas, inquietantes en su articulación. Si la maldición del título remite a lo imposible, tal condición Soler la extiende hacia el amor, la paranoia, la melancolía, la religión, el arte, los derechos humanos, la soberanía contemporánea de la subjetividad, la homogeneización de los goces y, por qué no, la ética y la moral. Que demore tres meses, es decir siete clases/capítulos en desarrollar algunos temas anuncia-



dos se le tolera con simpatía toda vez que, en el ínterin, Soler recorre la praxis concreta del analista entrelazada a los vericuetos sociales y culturales de la realidad europea contemporánea. Universo que en modo alguno puede resultar ajeno a los psi rioplatenses, muchas veces más atentos a aquellos pormenores que a lo que se produce en su propio ámbito.

En la profundidad del desarrollo y en la prolija referencia académica desempeñados por Soler reside la contundencia de esta recopilación, brillantemente apoyada en la traducción de Horacio Pons.♣

NOTICIAS DEL MUNDO

La escritora mexicana Angeles Mastretta declaró que siempre escribe acerca del universo femenino, no por algún tipo de oportunismo de mercado, sino porque se le facilita trabajar con mujeres y contar sus historias. "Nadie le pregunta a Carlos Fuentes por qué sus personajes protagónicos son hombres", ironizó la autora de *Arráncame la vida* y *Mal de amores*.

Intelectuales y estudiosos de la realidad mexicana y la obra de Octavio Paz se reunieron la semana pasada para celebrar el cincuentenario de la publicación de *El laberinto de la soledad*, uno de los libros más importantes del desaparecido Premio Nobel, equivalente para los mexicanos a *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada, ese otro monumento del ensayo de interpretación de la realidad latinoamericana. Los (merecidos) homenajes fueron inaugurados por el sociólogo y crítico Carlos Monsiváis.

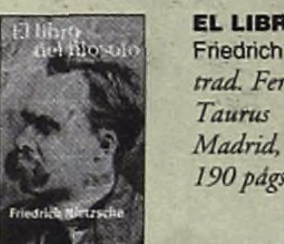
El escritor chileno Luis Sepúlveda se estrenará el próximo 5 de octubre en las pantallas alemanas con una adaptación de su libro *Cómo el gato Zorba enseñó a volar a la pequeña gaviota*. La película de dibujos animados narra las aventuras del gato Zorba y otros animalitos de los muelles de Hamburgo mientras intentan enseñar a volar a una pequeña gaviota a la que salvan la vida y de la que se ocuparán hasta que pueda valerse por sí misma. La voz de la pequeña gaviota es la de la mítica cantante Nina Hagen.

Con el título de *Marinero en Tierra: Tributo a Neruda* fue lanzado al mercado un nuevo disco compacto con interpretaciones pop de célebres trabajos poéticos del poeta chileno. En el nuevo CD aparecen poemas como "Farewell", interpretado por Sergio Brito; "Poema XV", en la voz de Alejandro Sanz, y "El tigre", por Miguel Bosé, entre otros artistas y grupos como Los Fabulosos Cadillacs, Milton Nascimento y Andrés Calamaro. En la grabación dedicada al Premio Nobel trasandino también se pueden escuchar las voces del propio Neruda y de la mujer que fue el gran amor de su vida, Matilde Urrutia.

El escritor colombiano Oscar Collazos (1942) acaba de lanzar *La modelo asesinada*, una novela policial donde narra los episodios del bajo mundo del crimen, el soborno y la corrupción política. El autor ha dirigido el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas en La Habana, y es actualmente columnista del diario *El Tiempo*.

Fue convocada la XII edición del Premio Rómulo Gallegos, dotado con 60.000 dólares. El premio fue creado en 1964 con el propósito de honrar y perpetuar la obra del novelista venezolano y para estimular la actividad creadora de los escritores de habla castellana. De acuerdo con las bases, se admitirán novelas escritas en idioma castellano y publicadas en primera edición entre el 1 de enero de 1999 y el 31 de diciembre de 2000. El plazo de admisión de las obras finaliza el 1 de febrero de 2001. El jurado estará integrado por el nicaragüense Sergio Ramírez, el chileno Roberto Bolaño y el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá. Han obtenido el Rómulo Gallegos, hasta la fecha: Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Abel Posse, Manuel Mejía Vallejo, Arturo Uslar Pietri, Mempo Giardinelli, Javier Marías, Angeles Mastretta y Roberto Bolaño.

Filosofía y letra



EL LIBRO DEL FILÓSOFO
Friedrich Nietzsche
trad. Fernando Savater
Taurus
Madrid, 2000
190 págs. $ 14

ESTÉTICA Y TEORÍA DE LAS ARTES
Friedrich Nietzsche
trad. Agustín Izquierdo
Tecnos
Madrid, 2000
242 págs. $ 19

POR RUBÉN RÍOS Desde su muerte, el sábado 25 de agosto de 1900 en Weimar, Nietzsche ejerce un inquietante y sinuoso influjo sobre la cultura occidental. Ya el Archivo-Nietzsche, fundado por su hermana Elizabeth Förster-Nietzsche en 1894 al retornar del Paraguay, primero en Naumburg y después trasladado a la "Villa Silberblick" (ubicada por encima de Weimar), en la cual el filósofo vivió postrado sus últimos años, fue durante los primeros años del siglo XX un centro de atracción para un público tan variado como Rudolf Steiner (fundador de la antroposofía), Anatole France, André Gide, Gabrielle D'Annunzio, Gustav Mahler, H. G. Wells, Lou-Andreas Salomé, Rainer María Rilke, varios miembros de la Sociedad de Viena (entre ellos, Freud) y otros del Partido Nacional Socialista, al cual Elizabeth y su esposo –ambos antisemitas– adherían fervorosamente.

Sin embargo, hasta la interpretación fascista, Nietzsche era más bien leído por grupos socialistas, anarquistas y feministas. Todavía en la década del 30 (cuando Martínez Estrada, en *Radiografía de la Pampa*, no se cansa de citarlo), Karl Jaspers y Georges Bataille presentan resistencia a esa hegemonía, al igual que las lecturas marginales de Henry Miller y los cursos dictados por Heidegger en plena guerra, que se oponen a la versión oficial nazi –diferente, también, de la de Jünger–. En realidad, a través de Bataille y el Colegio de Sociología (Caillois, Leiris), el pensamiento nietzscheano convoca a figuras como Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamin, Maurice Blanchot, Pierre Klossowski, Merleau Ponty, Camus y otros (Sartre, por ejemplo). A partir de la posguerra se conforma ese linaje heterodoxo de nietzscheanos de izquierda, donde habría que incluir también a Michel Foucault, Gilles Deleuze y cierto Derrida.

Por eso, lo que hace interesantes a *El libro del filósofo* y *Estética y teoría de las artes*, recientemente publicados en español, es que se trata de recopilaciones de los fragmentos póstumos de Nietzsche salvados de las falsificaciones de la hermana, aun sin traducir en su totalidad. El primero, editado por primera vez en 1972 y desde hace mucho agotado, recoge una serie de textos póstumos traducidos de la edición Kröner, agrupados bajo el título de *Estudios teoréticos* que, junto con *La filosofía en la época trágica de los griegos*, debía componer una obra llamada *El libro del filósofo*. El segundo presenta también una serie de escritos póstumos vinculados por la unidad temática de la estética y el arte, pero traducidos de la célebre edición de las *Obras completas* de Nietzsche establecida en 1988 por Colli y Montinari. En cualquier caso, quizá por algo más que azar, estos fragmentos póstumos de épocas diversas (de 1872 a 1888) asedian una y otra vez una de las categorías nietzscheanas más difundidas y quizá menos comprendidas: la del filósofo-artista. Categoría que, en estas reflexiones relampagueantes de Nietzsche, aparece en tensión con otras figuras acerca del filósofo, como su contracara o complemento. El filósofo como médico de la cultura y el último filósofo son esas imágenes que Nietzsche tiene de sí mismo y de su tarea, formulada en términos de "platonismo invertido", que declaran a su vez la percepción del estado de salud de la cultura y el remedio para esa enfermedad que corroe Occidente desde hace más de dos mil años.

El último filósofo o el médico de la cultura no son otro que el filósofo-artista que ha dejado tras de sí –como el más grande error– aquello que define la experiencia occidental desde Sócrates: el conocimiento.

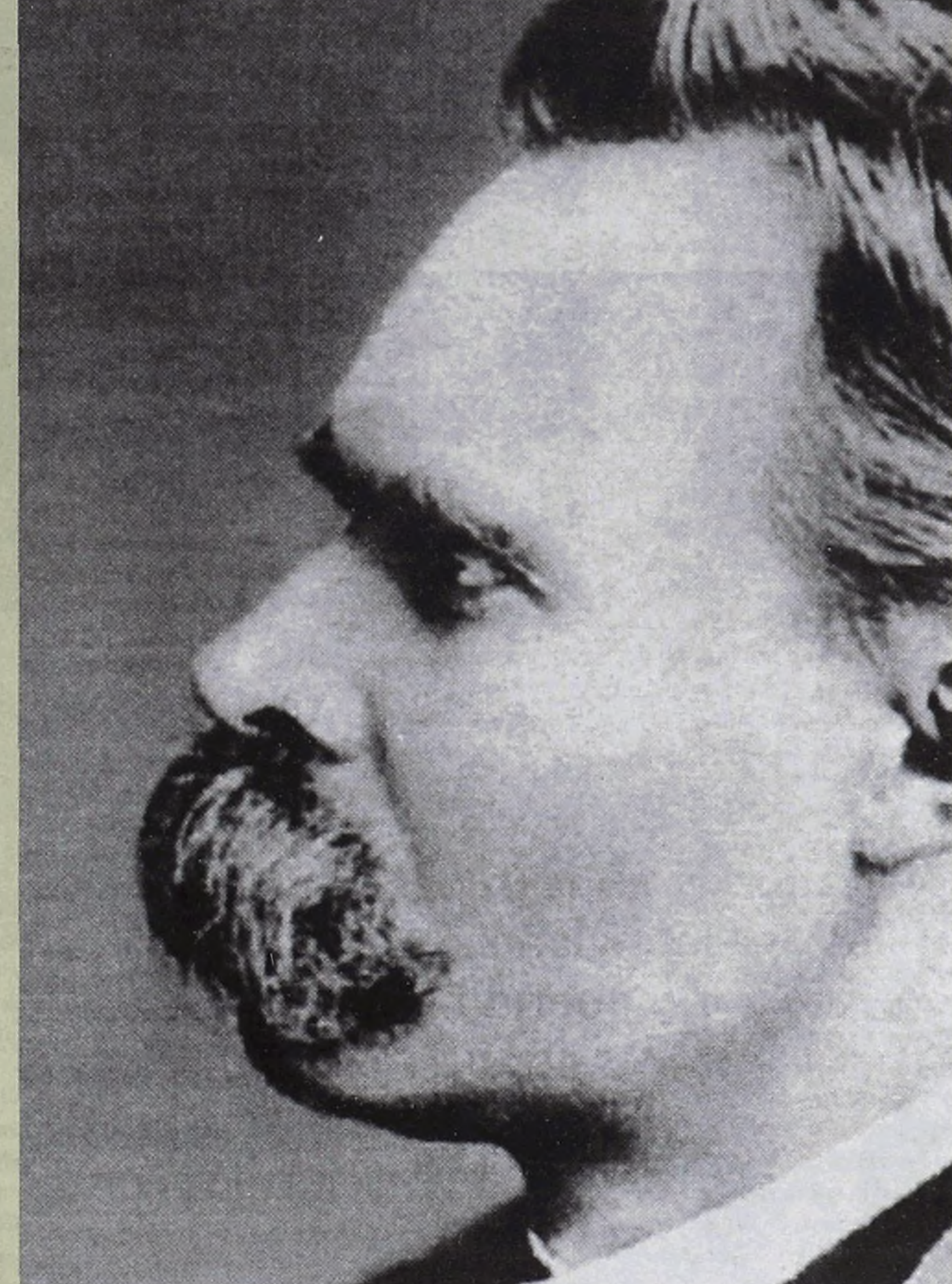
Este es el principio –moral, en suma– que el joven Nietzsche, sobre todo, ataca a través del sujeto kantiano –como, más tarde, atacará a la moral cristiana ("platonismo para el pueblo", dirá) a través de la genealogía como método antidialéctico y antihegeliano. La puesta en crisis del conocimiento, y por implicación del sujeto del conocimiento "científico" se muestra en los fragmentos de 1872 a 1875 que componen *El libro del filósofo* como la operación crítica previa o necesaria para postular la creación artística como base de la condición humana y, por lo tanto, de toda cultura. De suerte que el conocimiento, para la razón estética nietzscheana, y el tipo de verdad metafísica que busca (como lo percibió Foucault) no es más que "invención" sobre un fondo caótico y quizá horroroso.

Tempranamente Nietzsche se comportó más como fisiólogo o como médico que como "filósofo". El cuerpo –los procesos orgánicos, fisiológicos, los sentidos, las afecciones, las pulsiones, el placer, el gusto, lo inconsciente, todo aquello sometido por las formas suprahistóricas de la metafísica– traza no sólo lo propiamente humano y enigmático, sino también el origen de la cultura en tanto construcción estética por parte justamente del entrecruzamiento de fuerzas, potencias, impotencias, finalidades, dominaciones, servidumbres, interpretaciones, intoxicaciones y generaciones que hacen al cuerpo. Que, por otra parte, nunca es el mismo a lo largo de la historia.

Todo el esfuerzo de Nietzsche en los fragmentos de 1872-75, y de modo más directo en los seleccionados en *Estética y teoría de las artes*, que llegan a 1888, parece dirigirse –a partir de la sensibilidad corporal y de la creación artística como su expresión más genuina– hacia la configuración del filósofo-artista, "el último filósofo". Por este motivo el lenguaje y el arte son los campos problemáticos y decisivos que Nietzsche debe atravesar para erradicar a la filosofía de la voluntad de verdad y conocimiento que la subyuga desde el platonismo y desplazarla –invirtiendo la relación de fuerzas– hacia la poesía, la invención artística, la creación de conceptos –como bien aprendió Deleuze. Lo que no significa "irracionalismo", sino que sólo es posible el conocimiento (y el saber) desde la producción "artística" de conceptos, categorías y problemas. Y tampoco significa "posmodernismo" a la usanza de Vattimo y Baudrillard –el mundo como ilusión o interpretación radical– pues si bien Nietzsche en estos fragmentos póstumos acepta provisoriamente en distintos momentos que no hay más que apariencia e interpretación, también subraya que se trata de estados fisiológicos.

Los fragmentos de *El libro del filósofo* y *Estética y teoría de las artes*, en todo caso, explicitan que resulta imposible separar en el pensamiento nietzscheano filosofía y estética, filosofía y poesía, filosofía y creación, ni tampoco historia y cuerpo o filosofía y cuerpo.

Así Nietzsche, como médico de la cultura, designa las condiciones de posibilidad del filósofo-artista llamado por una "gran moral" a abolir los valores metafísicos y suprahistóricos a favor de la creación de un tiempo por venir.♣



Maldito sexo



LA MALDICION SOBRE EL SEXO
Colette Soler
trad. de Horacio Pons
Manantial
Buenos Aires, 2000
242 págs. $ 15

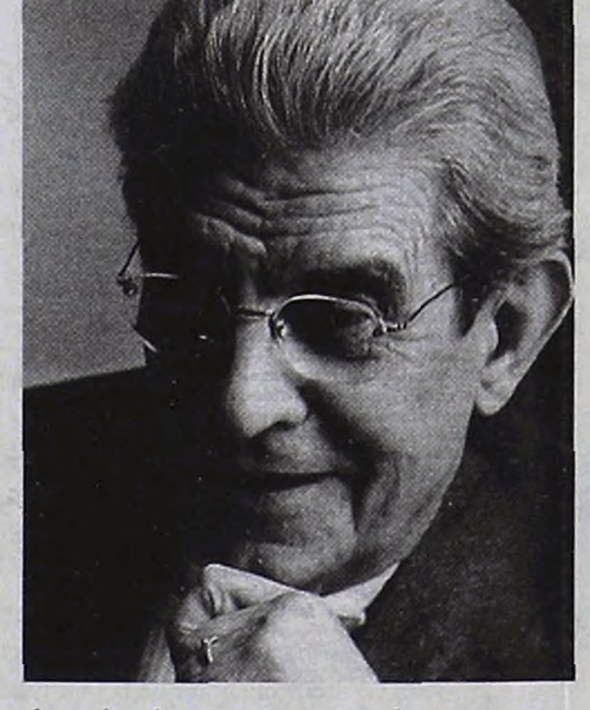
POR JORGE PINEDO Cunde una teoría sexual infantil entre los lacanianos: a los psicoanalistas los traen de París. Causa de tamaño mito no es otro que el mismísimo Jaques Lacan, quien a través de un cuarto de siglo de seminarios formuló una ineludible lectura de Freud. De la voz y la pluma de Oscar Masotta a partir de los setenta esas enseñanzas llegaron a estas playas y, trascartón, oleadas de alumnos, seguidores y adlátares franceses. En el tumulto se confundieron, como es estadísticamente usual, personajes serios y rigurosos con algunos charlatanes. Entre los primeros, Colette Soler supo ejercer su lectura y aún transmitirla con sistemática transparencia. Sus *Estudios sobre las psicosis* y *Finales de análisis*, también editados por Manantial, se han convertido casi en clásicos.

En la senda de la transmisión también oral establecida por Lacan, Soler dicta su propio Seminario en la Universidad de París VIII, de donde llega *La maldición sobre el sexo*, más precisamente del curso dictado entre noviembre de 1996 y junio de 1997. Arribo acaso tardío, ya que de entonces a esta parte Soler quebró lanzas con la ortodoxia personalizada en el legatario-yerno de Lacan, Jaques-Alain Miller, y pasó a presidir la Internacional de los Foros del Campo Lacaniano. Circunstancia capaz de alterar más las referencias que los enfoques presentes en este texto ameno, coloquial, directo.

Oralidad que se convierte en un arma de doble filo pues, si bien por un lado cumple los requisitos de la transmisión eficaz, por el otro desata ese efecto patético que resulta del traslado del habla a la escritura cada vez que se descuida la labor de edición. Y esto tampoco se reduce al pulido de las muletillas coloquiales del tipo "¿No es cierto?", "Bueno..."; avanza sobre los "repasos" con los que una clase retoma la anterior, los paréntesis retóricos en los que se desenvuelvan temas subordinados y los saltos bruscos dentro de una temática heteróclita.

Dedicado a psicoanalistas con sólida base freudiana y alguna noción acerca de la enseñanza de Lacan, *La maldición sobre el sexo* no obstante promueve tesis si bien no tan novedosas, inquietantes en su articulación. Si la maldición del título remite a lo imposible, tal condición Soler la extiende hacia el amor, la paranoia, la melancolía, la religión, el arte, los derechos humanos, la soberanía contemporánea de la subjetividad, la homogeneización de los goces y, por qué no, la ética y la moral. Que demore tres meses, es decir siete clases/capítulos en desarrollar algunos temas anunciados se le tolera con simpatía toda vez que, en el ínterin, Soler recorre la praxis concreta del analista entrelazada a los vericuetos sociales y culturales de la realidad europea contemporánea. Universo que en modo alguno puede resultar ajeno a los psi rioplatenses, muchas veces más atentos a aquellos pormenores que a lo que se produce en su propio ámbito.

En la profundidad del desarrollo y en la prolija referencia académica desempeñados por Soler reside la contundencia de esta recopilación, brillantemente apoyada en la traducción de Horacio Pons.♣



Parte de la religión

En su paso por Buenos Aires para presentar *El ser y el acontecimiento*, Alain Badiou pronunció una conferencia titulada "Lacan y lo real". A continuación se reproduce un tramo de esa disertación en la que Alain Badiou compara a Lacan con Nietzsche.

POR ALAIN BADIOU ¿Qué es la filosofía, en el fondo, para Lacan? La filosofía es la creencia en que la cuestión de lo real es una cuestión de conocimiento. Ya sea positivamente, en cuyo caso se conoce lo real; o bien negativamente, en cuyo caso lo real es incognoscible. Pero esas dos posiciones son para Lacan filosóficas. La posición analítica, que es una posición antifilosófica, es que lo que nos da acceso a lo real no es del orden del conocimiento sino del orden del acto. De ahí resulta que lo real es extraño a toda enseñanza. El acto es aquello que sustrae al psicoanálisis de cualquier intención educativa (no confundamos educación y transmisión). Hay en psicoanálisis una cuestión de la transmisión, pero no hay enseñanza de lo real. En cambio, la filosofía, por pensar que lo real proviene del conocimiento, es esencialmente educativa.

Lacan muestra la impostura del sentido. Para él, en el fondo, el sentido es una categoría de la religión. Y lo dice de la manera más clara. Voy a citarlo: "El sentido es siempre religioso".

En este punto yo creo que es muy importante comparar a Lacan y a Nietzsche. Porque también para Nietzsche el enemigo oculto en la filosofía es la religión, y muy especialmente la religión cristiana. Hay una antifilosofía nietzscheana, que podemos llamar el Anticristo. Pero esta antifilosofía no tiene el mismo sentido que en Lacan. Porque Nietzsche quiere volver a establecer la potencia del sentido por oposición a la verdad, quiere abatir la tiranía de la verdad para liberar el polimorfismo del sentido. De algún modo, la antifilosofía lacaniana va en la dirección opuesta y quiere sustituirle a la religión del sentido el carácter insensato de la verdad. Me gustaría llamar a Lacan un Anticristo insensato.

La ruptura con la religión se hace en nombre de lo real, como en Nietzsche. Pero en nombre de lo real sustraído de la disciplina del sentido, de lo real como encuentro, como acto. Hay, finalmente, en Lacan, un salvajismo de lo real.

Los anuncios de Lacan y el de Nietzsche son, pues, absolutamente distintos, inclusive en cuanto a la religión. Puesto que Nietzsche anuncia el fin de la religión, mientras que Lacan está convencido de que nunca se va a terminar con la religión, porque es imposible terminar con el sentido.

Nietzsche y Lacan están uno y otro convencidos de una complicidad entre filosofía y religión, pero de ellos extraen consecuencias distintas. Nietzsche propone un sentido contra la verdad; el acto lacaniano demuestra lo real *contra* el sentido. Entonces la cuestión que se plantea reside en saber si ese acto tiene una garantía. Si el acceso a lo real, que en el análisis es del orden del acto, obedece a reglas, dispone una racionalidad, ordena una práctica y dispone de un criterio.

En lo esencial la respuesta es negativa, y eso es lo que yo llamo el salvajismo de lo real, precisamente porque en Lacan lo real es del orden del acto.♣

HEREJÍAS



Si de las ocho novelas de Manuel Puig tuviera que elegir una, me inclinaría por la perfección transparente de *Boquitas pintadas* o *El beso de la mujer araña* antes que por la potencia algo informe todavía de *La traición de Rita Hayworth*. Aclararía enseguida que no es una cuestión de gusto; puedo reconocer cierta debilidad personal más inefable por el ingenio de *The Buenos Aires Affair*, la desmesura de *Pubis angelical*, o el tono crepuscular de *Cae la noche tropical*, que por ser la última novela de Puig me inspira cierta nostalgia anticipada. Tampoco es simple capricho; podría extender la lista para ilustrar una lógica bastante consecuente que me lleva a preferir la redondez acabada de "El otro cielo" o "Continuidad de los parques" a la audacia de *62 / Modelo para armar* de Cortázar, *La ocasión* o *El entenado* a *El limonero real* de Saer, *Plata quemada* a *La ciudad ausente* de Piglia, "La causa justa" a *El fiord* de Lamborghini, "El vestido rosa" o *El llanto* a *Ema, la cautiva* de Aira.

No es una lógica de uso exclusivo en la literatura argentina (prefiero los *Poemas humanos* a *Trilce* de César Vallejo) ni tampoco restringida a las obras literarias. Prefiero *Intriga internacional* a *Los pájaros* de Hitchcock, *Manhattan* a *Zelig* de Woody Allen y, entre las últimas películas de David Lynch, la sencillez sugerente de *Una historia sencilla* a la imaginación desatada de *La carretera perdida*. Por motivos similares, prefiero el último disco de Keith Jarrett, *The Melody At Night With You*, a las mezclas más descoyuntadas de *Expectations*, y los teatros de Guillermo Kuitca a las plantas de departamentos o los mapas.

Descartado el gusto y el capricho, la lista se acerca peligrosamente a la controvertida cuestión del valor y se vuelve, si no herética, más opinable. Y aunque se trata de elecciones sensatas, casi clásicas, se me ocurre que contravienen cierta preferencia de los críticos por lo excéntrico, que a fuerza de perseverar se ha convertido en mandato e inclusive, aunque suene paradójico, en canon.

Llegado el caso, diría ante el tribunal que no creo traicionar los ideales de la modernidad y las vanguardias. Encuentro un valor añadido en el arte que intenta resolver la tensión, típicamente moderna, entre arte experimental y arte popular, y admiro las obras que asumen con tanta certeza los riesgos de la novedad que ocultan por innecesarios los andamios del experimento. Confío en el valor más firme de las obras que no insisten en señalar su personalidad ni hacen alardes de destreza esperando el aplauso; el arte auténticamente moderno guarda un lazo secreto con lo clásico.

Debería reconocer, por fin, que la eficacia de esta lógica es apenas relativa. No consigo decidir qué cuentos de Borges pondría de un lado o del otro en la lista. Aunque, pensándolo bien, esa imposibilidad podría servir de evidencia práctica para una opinión más aceptada: Borges escribió cada línea con vocación certera de clásico.

GRACIELA SPERANZA

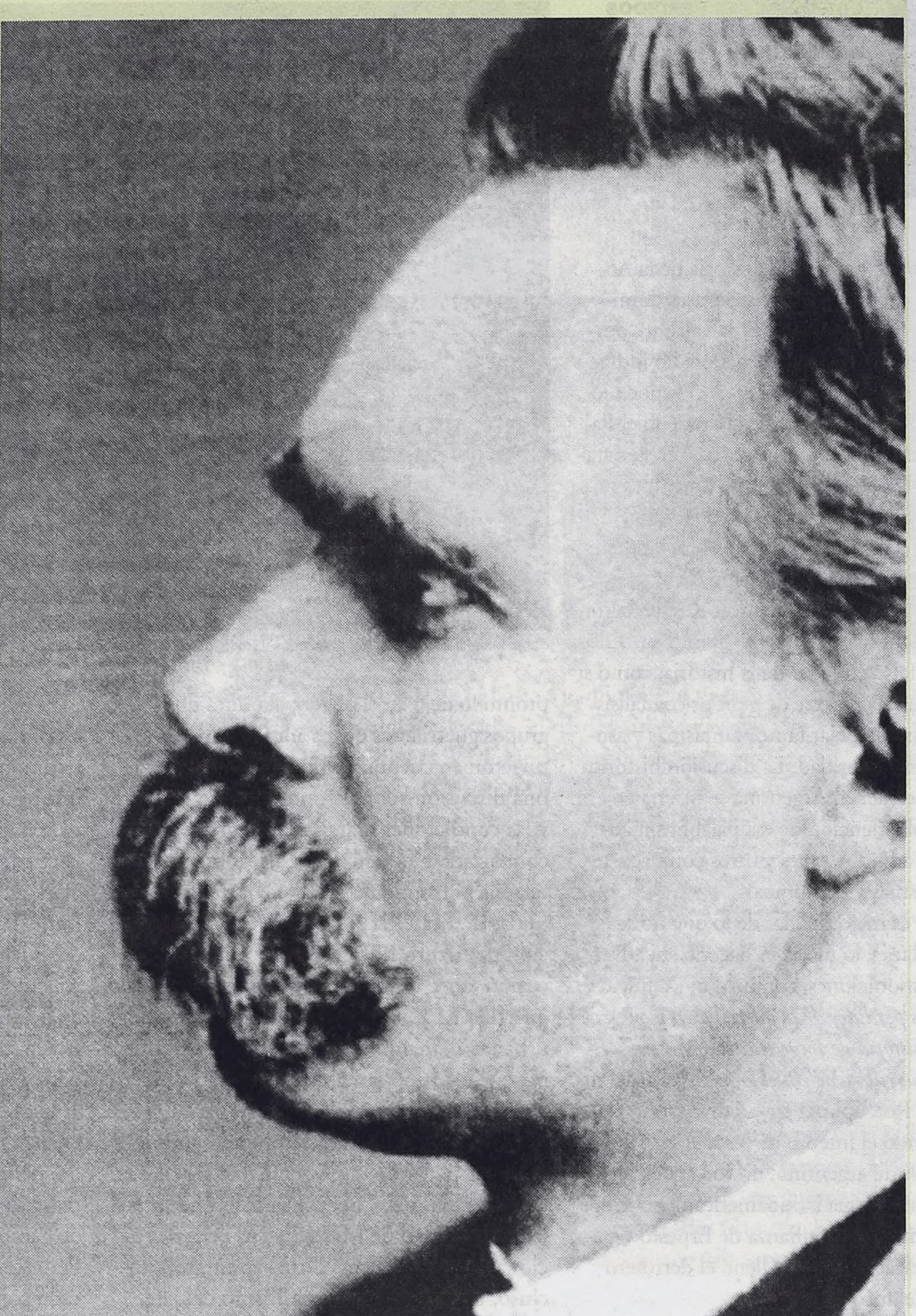
a y letra

tencias, finalidades, dominaciones, servidumbres, interpretaciones, intoxicaciones y generaciones que hacen al cuerpo. Que, por otra parte, nunca es el mismo a lo largo de la historia.

Todo el esfuerzo de Nietzsche en los fragmentos de 1872-75, y de modo más directo en los seleccionados en *Estética y teoría de las artes*, que llegan a 1888, parece dirigirse –a partir de la sensibilidad corporal y de la creación artística como su expresión más genuina– hacia la configuración del filósofo-artista, "el último filósofo". Por este motivo el lenguaje y el arte son los campos problemáticos y decisivos que Nietzsche debe atravesar para erradicar a la filosofía de la voluntad de verdad y conocimiento que la subyuga desde el platonismo y desplazarla –invirtiendo la relación de fuerzas– hacia la poesía, la invención artística, la creación de conceptos –como bien aprendió Deleuze. Lo que no significa "irracionalismo", sino que sólo es posible el conocimiento (y el saber) desde la producción "artística" de conceptos, categorías y problemas. Y tampoco significa "posmodernismo" a la usanza de Vattimo y Baudrillard –el mundo como ilusión o interpretación radical– pues si bien Nietzsche en estos fragmentos póstumos acepta provisoriamente en distintos momentos que no hay más que apariencia e interpretación, también subraya que se trata de estados fisiológicos.

Los fragmentos de *El libro del filósofo* y *Estética y teoría de las artes*, en todo caso, explicitan que resulta imposible separar en el pensamiento nietzscheano filosofía y estética, filosofía y poesía, filosofía y creación, ni tampoco historia y cuerpo o filosofía y cuerpo.

Así Nietzsche, como médico de la cultura, designa las condiciones de posibilidad del filósofo-artista llamado por una "gran moral" a abolir los valores metafísicos y suprahistóricos a favor de la creación de un tiempo por venir.♣



HEREJÍAS

Si de las ocho novelas de Manuel Puig tuviera que elegir una, me inclinaría por la perfección transparente de *Boquitas pintadas* o *El beso de la mujer araña* antes que por la potencia algo informe todavía de *La traición de Rita Hayworth*. Aclararía enseguida que no es una cuestión de gusto; puedo reconocer cierta debilidad personal más inefable por el ingenio de *The Buenos Aires Affair*, la desmesura de *Pubis angelical*, o el tono crepuscular de *Cae la noche tropical*, que por ser la última novela de Puig me inspira cierta nostalgia anticipada. Tampoco es simple capricho; podría extender la lista para ilustrar una lógica bastante consecuente que me lleva a preferir la redondez acabada de "El otro cielo" o "Continuidad de los parques" a la audacia de *62 / Modelo para armar* de Cortázar, *La ocasión* o *El entenado* a *El limonero real* de Saer, *Plata quemada* a *La ciudad ausente* de Piglia, "La causa justa" a *El fiord* de Lamborghini, "El vestido rosa" o *El llanto* a *Ema, la cautiva* de Aira.

No es una lógica de uso exclusivo en la literatura argentina (prefiero los *Poemas humanos* a *Trilce* de César Vallejo) ni tampoco restringida a las obras literarias. Prefiero *Intriga internacional* a *Los pájaros* de Hitchcock, *Manhattan* a *Zelig* de Woody Allen y, entre las últimas películas de David Lynch, la sencillez sugerente de *Una historia sencilla* a la imaginación desatada de *La carretera perdida*. Por motivos similares, prefiero el último disco de Keith Jarrett, *The Melody At Night With You*, a las mezclas más descoyuntadas de *Expectations*, y los teatros de Guillermo Kuitca a las plantas de departamentos o los mapas.

Descartado el gusto y el capricho, la lista se acerca peligrosamente a la controvertida cuestión del valor y se vuelve, si no herética, más opinable. Y aunque se trata de elecciones sensatas, casi clásicas, se me ocurre que contravienen cierta preferencia de los críticos por lo excéntrico, que a fuerza de perseverar se ha convertido en mandato e inclusive, aunque suene paradójico, en canon.

Llegado el caso, diría ante el tribunal que no creo traicionar los ideales de la modernidad y las vanguardias. Encuentro un valor añadido en el arte que intenta resolver la tensión, típicamente moderna, entre arte experimental y arte popular, y admiro las obras que asumen con tanta certeza los riesgos de la novedad que ocultan por innecesarios los andamios del experimento. Confío en el valor más firme de las obras que no insisten en señalar su personalidad ni hacen alardes de destreza esperando el aplauso; el arte auténticamente moderno guarda un lazo secreto con lo clásico.

Debería reconocer, por fin, que la eficacia de esta lógica es apenas relativa. No consigo decidir qué cuentos de Borges pondría de un lado o del otro en la lista. Aunque, pensándolo bien, esa imposibilidad podría servir de evidencia práctica para una opinión más aceptada: Borges escribió cada línea con vocación certera de clásico.

GRACIELA SPERANZA

Parte de la religión

En su paso por Buenos Aires para presentar *El ser y el acontecimiento*, Alain Badiou pronunció una conferencia titulada "Lacan y lo real". A continuación se reproduce un tramo de esa disertación en la que Alain Badiou compara a Lacan con Nietzsche.

POR ALAIN BADIOU ¿Qué es la filosofía, en el fondo, para Lacan? La filosofía es la creencia en que la cuestión de lo real es una cuestión de conocimiento. Ya sea positivamente, en cuyo caso se conoce lo real; o bien negativamente, en cuyo caso lo real es incognoscible. Pero esas dos posiciones son para Lacan filosóficas. La posición analítica, que es una posición antifilosófica, es que lo que nos da acceso a lo real no es del orden del conocimiento sino del orden del acto. De ahí resulta que lo real es extraño a toda enseñanza. El acto es aquello que sustrae al psicoanálisis de cualquier intención educativa (no confundamos educación y transmisión). Hay en psicoanálisis una cuestión de la transmisión, pero no hay enseñanza de lo real. En cambio, la filosofía, por pensar que lo real proviene del conocimiento, es esencialmente educativa.

Lacan muestra la impostura del sentido. Para él, en el fondo, el sentido es una categoría de la religión. Y lo dice de la manera más clara. Voy a citarlo: "El sentido es siempre religioso".

En este punto yo creo que es muy importante comparar a Lacan y a Nietzsche. Porque también para Nietzsche el enemigo oculto en la filosofía es la religión, y muy especialmente la religión cristiana. Hay una antifilosofía nietzscheana, que podemos llamar el Anticristo. Pero esta antifilosofía no tiene el mismo sentido que en Lacan. Porque Nietzsche quiere volver a establecer la potencia del sentido por oposición a la verdad, quiere abatir la tiranía de la verdad para liberar el polimorfismo del sentido. De algún modo, la antifilosofía lacaniana va en la dirección opuesta y quiere sustituirle a la religión del sentido el carácter insensato de la verdad. Me gustaría llamar a Lacan un Anticristo insensato.

La ruptura con la religión se hace en nombre de lo real, como en Nietzsche. Pero en nombre de lo real sustraído de la disciplina del sentido, de lo real como encuentro, como acto. Hay, finalmente, en Lacan, un salvajismo de lo real.

Los anuncios de Lacan y el de Nietzsche son, pues, absolutamente distintos, inclusive en cuanto a la religión. Puesto que Nietzsche anuncia el fin de la religión, mientras que Lacan está convencido de que nunca se va a terminar con la religión, porque es imposible terminar con el sentido.

Nietzsche y Lacan están uno y otro convencidos de una complicidad entre filosofía y religión, pero de ellos extraen consecuencias distintas. Nietzsche propone un sentido contra la verdad; el acto lacaniano demuestra lo real *contra* el sentido. Entonces la cuestión que se plantea reside en saber si ese acto tiene una garantía. Si el acceso a lo real, que en el análisis es del orden del acto, obedece a reglas, dispone una racionalidad, ordena una práctica y dispone de un criterio.

En lo esencial la respuesta es negativa, y eso es lo que yo llamo el salvajismo de lo real, precisamente porque en Lacan lo real es del orden del acto.♣



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos de la semana en Librería Galerna

FICCIÓN

1. Harry Potter y la piedra filosofal
J.K. Rowling
(Emecé, $ 12)

2. Harry Potter y el prisionero de Azkaban
J.K. Rowling
(Emecé, $ 16)

3. Harry Potter y la cámara secreta
J.K. Rowling
(Emecé, $ 15)

4. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $ 19)

5. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9,50)

6. Amarse con los ojos abiertos
Jorge Bucay y Silvia Salinas
(Nuevo Extremo, $ 19)

7. Esperándolo a Tito
Eduardo Sacheri
(Galerna, $ 15)

8. Cuentos para regalar a personas sensibles
Enrique Mariscal
(Serendipidad, $ 10)

9. Código negro
Patricia Cornwell
(Atlántida, $ 18,90)

10. La ignorancia
Milan Kundera
(Tusquets, $ 15)

NO FICCIÓN

1. La resistencia
Ernesto Sabato
(Planeta, $ 15)

2. Don José
José Ignacio García Hamilton
(Sudamericana, $ 19)

3. Manual del guerrero de la luz
Paulo Coelho
(Planeta, $ 10)

4. Los nietos nos miran
Juana Rottenberg
(Galerna, $ 14)

5. Conocer a Dios
Deepak Chopra
(Sudamericana, $ 15,90)

6. De la autoestima al egoísmo
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 17)

7. No seré feliz pero tengo marido
Viviana Gómez Thorpe
(Latinoamericana, $ 14)

8. Cuentos para pensar
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

9. Una extraña dictadura
Viviane Forrester
(Fondo de Cultura, $ 13)

10. Cartas para Claudia
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 15)

¿Por qué se venden estos libros?
"En esta librería, los best-sellers representan apenas el 15 por ciento de la totalidad de la venta y son los que nos permiten mantener el resto de los libros, ya que son el único ingreso. Es por esto que, aunque comúnmente se crea lo contrario, las preferencias de los lectores abarcan una diversidad de temas y títulos mucho mayor de lo que supone la mera clasificación por cantidad de ejemplares vendidos", señala Gastón Levin, encargado de Galerna.

Sopa de guerra



LOS ORÍGENES PERDIDOS DE LA GUERRILLA EN LA ARGENTINA
Gabriel Rot
El cielo por asalto
Buenos Aires, 2000
194 págs. $ 10



Jorge Masetti con Miguel Ángel Asturias y Rodolfo Walsh en la redacción de Prensa Latina

POR LUIS BRUSCHTEIN La historia de la Argentina –y sobre todo la de sus clases dominantes– ha sido cruel hasta el salvajismo, desde las guerras civiles hasta el genocidio indígena en la Conquista del Desierto, el genocidio de un pueblo hermano en la guerra con el Paraguay, las represiones a los obreros en la Patagonia o en la Semana Trágica y los golpes militares. Sin embargo la mayoría de los argentinos hablan de su historia como si fueran herederos de una antigua civilización de paz, ecuanimidad y buenos sentimientos. Resulta extraña esa tendencia a preferir un cuento embellecido, pero falso en lugar de la historia, como si hiciera falta una especie de gran psicoanálisis en masa para despejar tantos fantasmas y asumir la propia identidad. La discusión histórica sobre la guerrilla en Argentina se inserta en esa sopa. La sola mención de esa palabra sin advertencias, admoniciones y otros conjuros, reaviva fantasmas y demonios.

Siempre es mejor hablar de lo que no se quiere hablar. Y lo mejor es hacerlo sin advertencias, admoniciones, conjuros ni prejuicios. *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* o *La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, la investigación de Gabriel Rot, apunta en esa dirección. Masetti comandó el intento de instalar en 1963-64, en el Norte argentino, un foco guerrillero ligado a la estrategia latinoamericana del Che. Era un hombre de confianza de Ernesto Guevara y su fracaso afectó de lleno el derrotero posterior del foco boliviano.

La discusión que hizo la izquierda luego de este fracaso fue pobre, como señala Rot, y pronto lo dejó en el olvido, al punto que los grupos guerrilleros de los años '70 apenas lo tuvieron en cuenta. Se trató básicamente de una discusión sobre la oportunidad, el lugar y las condiciones materiales. El grupo había comenzado a organizarse bajo gobiernos tutelados por militares y se lanzó, tras algunas dudas de Masetti, poco después de la asunción de Arturo Illia. También hubo una discusión entre los que seguían apostando a la guerrilla rural y los que planteaban la acción urbana. Y finalmente se justificó el fracaso porque el grupo se había dejado sorprender antes de afianzarse.

Las lecturas que se hicieron de esta experiencia a partir de los '80, muchas de ellas en las biografías del Che, prefirieron bucear en la personalidad de Masetti y sus orígenes nacionalistas y católicos. Otros apuntaron, incluso, un supuesto antisemitismo del jefe guerrillero, porque los dos fusilados en el monte eran de origen judío.

El trabajo de Rot afronta estas polémicas y las profundiza sin prejuicios y con abundantes testimonios y documentación. El resultado es una reconstrucción crítica, que no se ofende ni se rasga las vestiduras, pero que tampoco hace concesiones. Rot aborda la estrecha relación que unía a Masetti con Guevara, confronta la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo con la tesis ortodoxa del foco guerrillero y va desmenuzando el militarismo que en poco tiempo condiciona la intención política hasta que esta última prácticamente desaparece en el encierro del monte.

Hasta último momento el Che mantuvo la esperanza de que su amigo hubiera sobrevivido, pero el cuerpo de Masetti no apareció jamás. Según la versión oficial, murió de sed y de hambre en la espesura de la selva salteña. Pero Rot señala que es posible que hayan aplicado con él el método de la desaparición que más tarde se convertiría en moneda corriente de la represión.♣

Teatro balinés



NEGARA. EL ESTADO-TEATRO EN EL BALI DEL SIGLO XIX
Clifford Geertz
Paidós
Barcelona, 2000
286 págs. $ 24

POR JOAQUIN MIRKIN Con la posmodernidad, no sólo han entrado en crisis los relatos universales, el evolucionismo o la filosofía de la historia, sino que las disciplinas de las ciencias sociales han sido sometidas a cambios de importancia todavía impredecible. En la antropología, el tradicional trabajo de campo ha sido reemplazado de lleno por la moda de la etnografía urbana y los estudios culturales. De los conceptos de sociedad primitiva y evolución hubo un giro hacia la idea resumida en la frase *todos somos otro*. La línea que dividía anteriormente el trabajo de sociólogos y antropólogos ha tendido a desaparecer: el objeto de estudio de los segundos pasó a centrarse en el entramado de las relaciones que se dan entre los sujetos culturales de la ciudad. Muchos sostienen así que la antropología ha logrado vaciarse de las lacras del evolucionismo para dar lugar a otro tipo de interpretaciones.

Clifford Geertz –antropólogo cultural, nacido en San Francisco, ex docente de las universidades de Chicago y California, hoy catedrático de Historia Social en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton– ha jugado un papel central en esa conversión y representa para muchos la puesta en acción de un imperio intelectual que trata de superar el supuesto de una modernidad que no comprende. Su conocido método de la interpretación de la cultura cuestionó la rígida metodología de clasificación con la que se investigaba y criticó la visión platónica que se tenía del resto de las culturas. Publicó trabajos como *Negara. El Estado-teatro en el Bali del siglo XIX* (ahora reeditado), *Conocimiento local, Observando el Islam, El antropólogo como autor, Tras los hechos, Los usos de la diversidad* y el clásico *La interpretación de las culturas*.

Negara. El Estado-teatro... –su primera edición en inglés es de 1980– es un claro ejemplo de la forma en la que el autor buscó escapar de lo simplemente descriptivo, dando al mismo tiempo una interpretación del pueblo, la organización interna de la clase dirigente, el espectáculo y la ceremonia, la simbología del poder, la incineración y la lucha por el status, el Estado, las formas de comercio y la teoría política, todo ello a partir de la historia de la Isla de Bali, en Indonesia, durante el siglo XIX.

A lo largo de décadas, la isla fue una rica fuente de información sobre el tradicional Estado-teatro hindú y se constituyó en un laboratorio de trabajo que atrajo a gran a cantidad de investigadores. El estudio de Geertz sobre la isla es un análisis de la organización del Estado precolonial, "un Estado imposible de ser etiquetado bajo los conceptos tradicionales de la teoría política moderna".

Negara... está escrito de tal manera "que cualquiera –académico, estudiante, o lector en general– puede leerlo sin ningún problema: no hace falta estar interesado en los dimes y diretes de los estudios indonesios, sino que el libro está dirigido a los lectores interesados en los Estados tradicionales, la teoría política, el análisis antropológico o en cualquier otra cosa".

Clifford Geertz –miembro de ese club de *especialistas* culturales en el sudeste asiático– trabajó en investigaciones etnográficas en Africa del norte y Asia, y estudió el Islam. En todo el vasto despliegue de patrones sociales y culturales que allí habitan, "una de las instituciones más importantes –quizá la más importante– ha sido el negara, o Estado clásico precolonial", que duró por siglos, hasta 1906, momento en el que los holandeses invadieron la isla.

Este estudio, sin dudas, coloca a Geertz –al igual que a Lévi-Strauss– en el lugar de un intelectual único e irrepetible, concebido como un académico adelantado que ocupa un espacio central en la antropología contemporánea.♣

Camellos en el Corán



EL SUEÑO DEL SEÑOR JUEZ
Carlos Gamerro
Sudamericana
Buenos Aires, 2000
160 págs $ 18

POR CLAUDIA GILMAN La apuesta que subyace a *El sueño del señor juez* no podría ser más osada, menos trivial y, al mismo tiempo, más pertinente. Carlos Gamerro busca inscribir su novela en la literatura argentina. Y puede decirse que lo consigue. En sus polémicas intervenciones sobre qué cosa es (y debe ser) la literatura argentina, Borges defendía sus posiciones estéticas afirmando que la literatura nacional debía sentirse libre para tomar de la literatura universal todo lo que fuera necesario: que lo argentino no obedecía a ninguna tradición y menos a la que la ataba al pintoresquismo y al color local. Su constatación más recordada y citada es que en *El Corán* no hay camellos y que esa ausencia no menoscababa la inevitable pertenencia del libro sagrado al mundo árabe.

Gamerro ha puesto camellos en *El sueño del señor juez*, con una saludable voluntad de provocar nuevas inquisiciones en torno de una definición de la literatura argentina. Claro que no ha puesto sólo camellos. La novela, justo es decirlo, posee un argumento que es un verdadero hallazgo de la imaginación. El juez de paz de Malihuel, un pueblo que es prácticamente puro proyecto, tierra conquistada a los indios que aún son una amenaza para el proyecto de Nación de la generación del 80, sueña. Sueña delitos, ocurridos y por ocurrir, sueña con la materia de los sueños: cosas gravísimas y cosas triviales, como que el pueblerino Rosendo Villalba mea las paredes del edificio del juzgado. Y cuando despierta, el juez condena a los "culpables". Malihuel vive pendiente entonces de los sueños, de los del juez y de los de cada uno de sus habitantes.

Porque si, por un lado, el poblado es todavía una promesa, un sitio que aún no se define entre el desierto y la urbanidad, lo mismo ocurre con el estatuto de la realidad, confundido entre los polos del sueño y la vigilia. Entre la gauchesca y el surrealismo, entonces, y entre muchos otros lenguajes y universos narrativos, *El sueño del señor juez* investiga las posibilidades de la lengua, abriendo interesantes y perturbadores caminos no sólo para la producción futura del autor de *Las islas,* sino también para el conjunto de los autores locales.

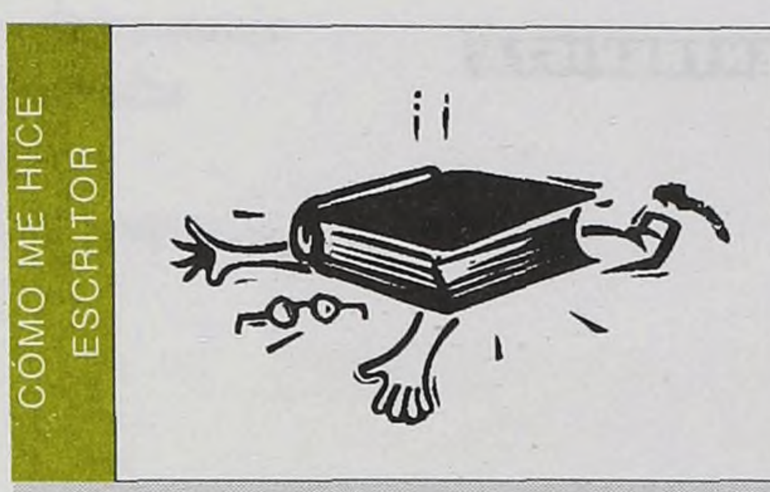
El mundo de la gauchesca –con sus pulperías, malones y duelos, con su naturaleza campera y hasta con sus palabras– se arma y desarma singularmente en esta novela que lo rescribe para inaugurarlo como una posibilidad de este siglo, arrastrando y reviviendo sedimentos lingüísticos, imaginarios y hasta metafísicos de otros mundos y otras escrituras.

La autoridad soñadora y vigilante de Urbano Pedernera, juez de paz, ex militar de la llamada Conquista del Desierto, figura del dictador que se inscribe en la tradición de Valle Inclán, Roa Bastos o García Márquez ya no es una mera toma de partido por parte del autor (que el lector debe reconocer como propia). Al poner en el centro del relato la problemática de la verdad en relación con el sueño y la vigilia, Gamerro consigue dar a la ficción una inaudita potencia que le permite liberar los sentidos del mensaje político sin perder la posibilidad de politizar también la anécdota. La compasión del narrador, pero también su ironía y su ubicuo movimiento por entre las capas geológicas de la literatura pasada y presente sirven como un procedimiento peculiarmente feliz para inaugurar una zona autoral propia, en la que lo que toma prestado,



lo que inventa y lo que rescata parecen acudir en proporción áurea tal vez gracias a la magnífica idea argumental, pero también a su destreza narrativa.

Lo antedicho podría parecer un justificativo para hablar de un texto difícilmente legible pero valioso. Sería un error interpretarlo de ese modo. *El sueño del señor juez* es una novela entretenida, lo que quiere decir que no todas las grandes apuestas estén confinadas a la ilegibilidad. Entretenida y con vocación de hablar sobre la argentinidad: "Estamos unidos al lugar apenas tenuemente, como los panaderos al tallo de un cardo, y el primer viento que pase nos desparrama volando por toda la llanura. ¿Quién se animaría a soplar ese cardo, amigo Rosendo? ¿Usted?", pregunta un viejo sabio del lugar. Carlos Gamerro ha soplado: se trata de un aire que vale la pena respirar. ♣



Cuando tenía quince años, entré a trabajar a un periódico de Lima y descubrí que me gustaba escribir. No sabía que quería ser un escritor. Yo era apenas un jovenzuelo imberbe que escondía dos pasiones: el fútbol y la política. Como era mediocre jugando al fútbol, suponía que me dedicaría a la política. A los dieciocho años salí por primera vez en televisión. No imaginé cuánto habría de fascinarme aquella experiencia. Animado por los elogios, me entregué con orgullo al fácil papel de niño precoz de la televisión. Durante cinco años me abandoné a sobrevivir perezosamente. Gocé y sufrí mis primeros amores, consumí algunas drogas, viajé con libertad y afirmé mi espíritu solitario. También escribí algunos cuentos arrebatados y chapuceros que luego rompí. A los veinticinco años me propuse escribir seriamente y por eso dejé la televisión y me fui a vivir a Madrid. En esa hermosa ciudad comencé a escribir mi primera novela, *No se lo digas a nadie.* Todas las mañanas caminaba bien abrigado hasta la biblioteca pública más cercana, me refugiaba en la sección infantil, que a esas horas solía estar desierta, y escribía a mano, los primeros capítulos. Horas después, cuando me asaltaba un hambre voraz, salía cargando mi cuaderno secreto y me sentía feliz. No quería volver a la televisión. Quería seguir escribiendo el resto de mi vida. Fue en Madrid donde me sentí por primera vez un escritor. Mi tenacidad declinó, mis ahorros se vieron menguados y me vi obligado a volver a la televisión de mi país. Dejé de escribir. Jugué a hacer travesuras en la televisión. En apariencia me divertía con ese programa, pero en el fondo me inquietaba y entristecía el hecho de saber que estaba perdiendo el tiempo, que había silenciado al escritor para convertirlo en un celebrado bufón. Por eso volví a marcharme lejos de Lima, porque quería terminar *No se lo digas a nadie* y sentirme un escritor. Me fui a vivir a Washington con Sandra, la mujer más noble y hermosa que he conocido. Alquilamos un departamento viejo en la calle 35 de Georgetown, ella se dedicó a estudiar una maestría y yo me propuse terminar mi novela, aunque para eso tuviese que gastarme todos mis ahorros. Gracias a Sandra, volví a escribir. Ella me dio las fuerzas, el aliento y el afecto que necesitaba para terminar esa novela.

JAIME BAYLY

Peronismo do Brasil



MONTEIRO LOBATO. UN ESCRITOR, UN PAÍS
Haydée M. Jofre Barroso
Galerna
Buenos Aires, 2000
200 págs. $ 19

POR RAÚL ANTELO El nombre es importante. No es "Monteiro Novato", el personaje de H. Bustos Domecq, sino su modelo: el polígrafo nacionalista de Taubaté, Brasil. Amigo de Manuel Gálvez, de quien traduce *Nacha Regules*, o de Cesáreo Bernaldo de Quirós, a quien juzga "um grande pintor", Lobato es ecléctico en sus gustos. Admira y publica el *Facundo*, pero no desdeña el *Juan Moreira* y como editor de la *Revista do Brasil*, el periódico intelectual más influyente de Brasil en la primera posguerra, programa en sus páginas una serie de "estudios sudamericanos" en los que incluye (en ese orden) a Sarmiento, Ameghino, Mitre y Alberdi. Se deslumbra con Horacio Quiroga, a quien agasaja con un almuerzo, y lamenta, incluso, que la galomanía brasileña de la época insista en ignorar al brillante cuentista por el simple hecho de no ser francés y no llamarse Horace Quirot. El nombre es importante.

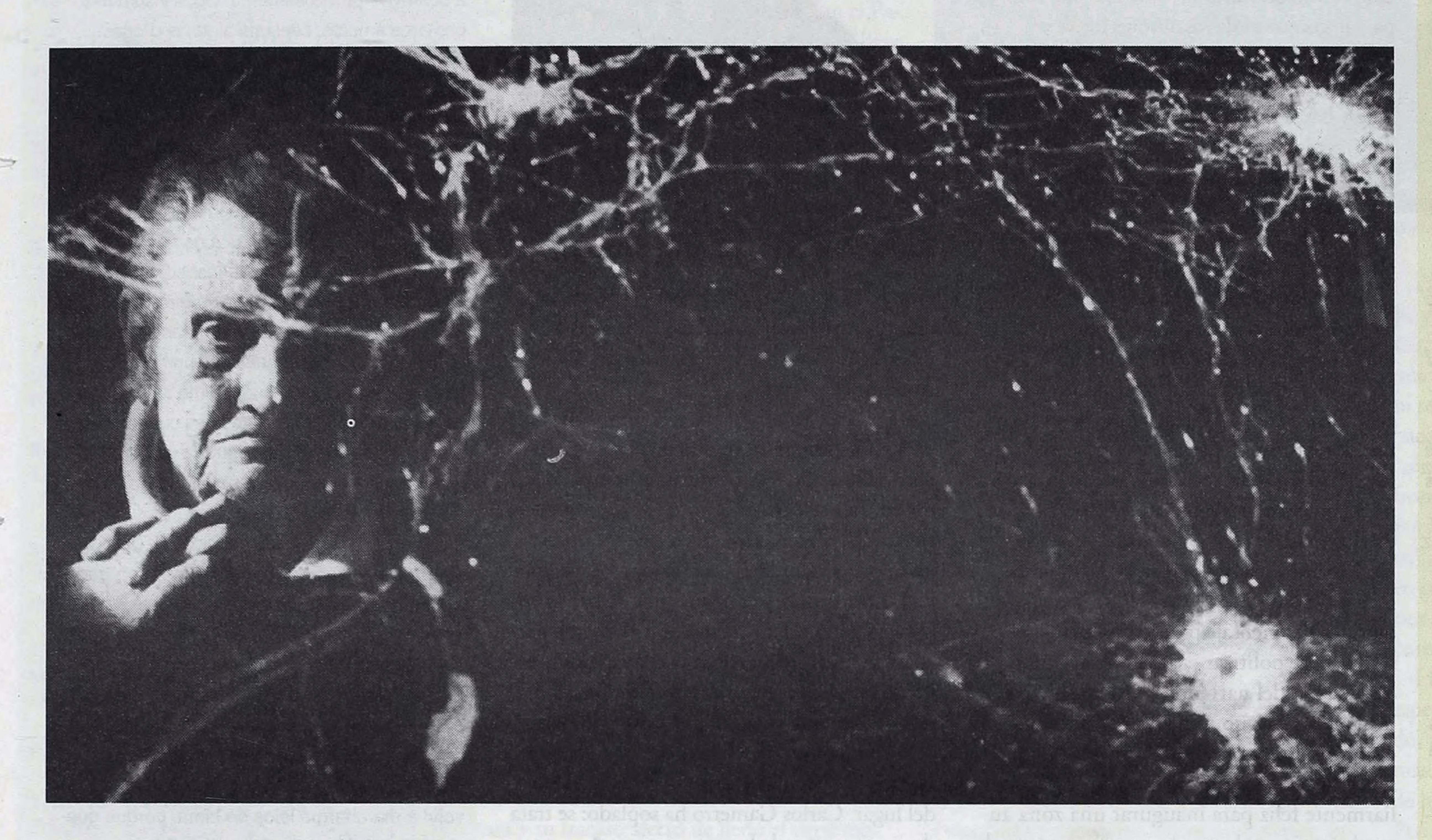
Esto ocurre durante la eclosión vanguardista en San Pablo, que Lobato fulmina con una alternativa irreversible: el arte nuevo es paranoia o es mistificación. No podía sospechar que, de la paranoia, Dalí y Lacan extraerían poco después una estética y una ética. La de Lobato, sin embargo, no deja lugar a dudas. Es el deber ser. Deber ser brasileño, deber ser realista, deber ser moderno sin ser modernista.

El nombre es importante. Un año antes de morir, Monteiro Lobato firma un libro como Manuel P. García. Lo hace en 1947 para defender, en castellano, *La nueva Argentina*. Acaba de salir de la prisión impuesta por Vargas por su defensa del petróleo como recurso de explotación nacional y se deslumbra, en la Buenos Aires que lo acoge como exiliado, con la racionalización burocrática del primer peronismo. En ese libro de lectura elogia sin reservas el "inmenso Plan Universal Permanente" que a su juicio terminaría con las guerras, la miseria, el hambre y la ignorancia. Creía que de ello dependía el comienzo de una nueva Edad de Oro. Tuvo menos suerte que Martí, aunque su literatura infantil circuló con mucho éxito, durante la segunda posguerra, por todos los países hispanoamericanos, como alternativa a las versiones históricas liberales.

Su ocaso, sin embargo, se da en los 90, cuando las intervenciones neoliberales borran el ingente imaginario que Lobato ayudó a construir para toda la región.

Tampoco tuvo suerte con esta monografía de Haydée Jofre Barroso que, aunque actualizada, persiste en ignorar no sólo la paradoja suprarregional de un escritor regionalista sino las lecturas más recientes sobre el autor, tales como *Monteiro Lobato, furacão na Botocúndia* (1997) o *Lendo e escrevendo Lobato* (1999). ♣

Europa, Europa



El escritor e historiador británico Timothy Garton Ash pone la democracia en un fiel de la balanza y el nacionalismo en el otro. Este profesor de Oxford de 44 años ha buceado en los cambios, las guerras y pasiones de Europa Central y del Este para escribir su monumental *Historia del presente* (Tusquets).

POR BERNA G. HARBOUR, DESDE MADRID

***Historia del presente* pretende ser una historia de Europa, pero realmente su foco es el Este. ¿Y el Oeste? ¿Cómo valora la posición de Occidente hacia ese Este que intenta alcanzar la normalidad?**

–Hay algo sobre Occidente en mi libro, y es precisamente cómo se equivocó la Unión Europea a principios de los noventa al fijar unas prioridades erróneas. Se puso por delante la Unión Monetaria antes que la ampliación de la Comunidad o que la política exterior común. Y ahora estamos pagando el precio de aquello.

¿Cree que hemos visto ya todas las guerras de los Balcanes, o habrá más?

–Creo que lo que ha pasado con los últimos conflictos es que se ha destruido la ilusión de que habíamos puesto fin a la guerra. Hoy, la guerra es posible en Montenegro o Macedonia y probable en zonas de la antigua Unión Soviética como el Cáucaso y Asia Central.

Europa es, sin duda, la tierra de las etnias y minorías. ¿Lograremos alguna vez convivir en paz?

–El problema de las minorías no es algo que ocurra en lugares remotos de Europa. Nosotros tenemos en el Reino Unido la cuestión irlandesa y los españoles el separatismo vasco y catalán. En Europa no hemos sabido conciliar formas de Estado democrático con minorías étnicas o nacionales. Donde hay minorías, sigue habiendo inestabilidad. No hemos resuelto este tema.

El Reino Unido está viviendo su propia revolución en términos de autonomía. ¿Seguirá habiendo un Reino Unido en el futuro?

–Bueno, de hecho aquí ya podemos hablar de 'Reino Desunido'. Pero creo que no veremos una Gran Bretaña desintegrada. Irlanda del Norte tendrá su propia trayectoria, aparte, pero los escoceses ya están retrocediendo de su pasado independentista. Así que habrá una Gran Bretaña reformada, una especie de monarquía federal británica.

Usted califica de "desastrosa" la campaña de la OTAN en Kosovo. Y la administración de la ONU, ¿es también desastrosa?

–Ambas son desastrosas, pero cuando lo digo lo hago teniendo en cuenta que la mayoría de la gente en Kosovo está mejor que si no hubiera habido intervención. Pero fue desastrosa.

¿Y Milosevic? ¿Cree que Occidente debe hacer algo más contra Milosevic?

–Sí, creo que Occidente debe hacer algo. Las sanciones han sido un enorme error político. El único consenso de la oposición serbia es que las sanciones han ayudado a Milosevic, porque su gente se enriqueció con el contrabando y le ayudó a mostrar a Serbia como un campo de batalla. Quitar las sanciones será apoyar la democracia en Serbia.

En su libro relata cómo la revolución silenciosa de la sociedad civil logró acabar con el régimen de Meciar en Eslovaquia. ¿Por qué no fue así en Serbia?

–La respuesta es la cuestión nacional. Una de las cosas esenciales es la ecuación que forman democratización con nacionalismo. Si el nacionalismo gana, la democracia pierde. Y esto es lo que ha pasado en Serbia. Hace tiempo un amigo serbio me dijo: "Serbia puede tener Kosovo o puede tener democracia. Pero, las dos cosas a la vez, no".

¿No hay esperanza, entonces?

–El problema es que los líderes opositores como Djindjic o Draskovic son ahora casi tan impopulares como Milosevic. La única esperanza está en el movimiento estudiantil de resistencia. Pero es difícil tener esperanzas sobre un cambio democrático en Serbia.

Usted fija la frontera entre Europa Central y Oriental entre Eslovaquia y Ucrania...

–Ningún país tiene su destino predeterminado. Es un absurdo peligroso. La diferencia entre los cuarenta años de dictadura en los países de Europa del Este y los setenta de la Unión Soviética es muy profunda, y la construcción de la normalidad es enormemente más difícil allí. Por eso hablo de esa frontera, como un borde inestable.

En lo que respecta a ideología, esos países han vivido diez años en la pugna entre libertad y represión, entre nacionalismo y tolerancia. Y ahora que eso se ha resuelto en algunos de ellos, ¿ve ideologías claras en el Este?

–No tienen ideologías claras, pero nosotros tampoco. Ninguno de nosotros la tiene hoy. La "tercera vía" de Blair es un thatcherismo de rostro humano. Siento una cierta decepción porque esperaba que esos grupos como Solidaridad, donde se mezclaba a la vez el conservadurismo, el sindicalismo y el catolicismo hicieran nacer algo nuevo. Pero han pasado diez años y no ha sido así.♣

ESTE SÍ

POR GUILLERMO SAAVEDRA

Guillermo Saavedra es poeta, editor y traductor. El siguiente fragmento pertenece a un poema más vasto que lleva por título *Desocupado* y que será publicado próximamente.

¡Argentina,
ramilla verde encendida!
Ricardo E. Molinari

¿Fuego?
No: luz.

¿Lumbre?
No: luz.

¿Luz?
Sí: esta luz.

¿Así luz?
No: de humo
de velas húmedas
podrida luz enclenque
de niebla que lame los contornos
y los borra.

¿Así luz?
No: carcomida
impide distinguir
si es día que se apaga
o noche que no llega a cerrarse
sobre el mundo.

¿Luz negra?
Ni eso: apenas repeluz
rebuzno de una estrella
desterrada
de la última galaxia
de este olvido.

¿Cómo luz?
Lechosa pus de luna
quebrada
en agua de alibur
donde nada refleja
que no se haya roto.

¿Para qué luz?
Espeluznante luz
que no ilumina ciega
luciérnaga contusa
dejando todo aquello
empapado en la sombra.

¿De qué luz?
De barro y trapo
quiero decir: de carne
de camello
de circo
de provincia.

¿Qué luz?
Como una que
después de haber atravesado
un cuerpo muerto
arrastrara por el aire
la enfermedad de no alumbrar.

¿Sí? ¿Luz?
Sí: difusa
sorda resolana
rasposa
luz
mala.